

M. BAHAMONDE

---

LOS  
PAPELES DE ANTUCO



IMPRESA DEL COMERCIO, BELGRANO 466

BUENOS AIRES

1890



# LOS PAPELES DE ANTUCO

---



# INTRODUCCION

---

Tengo por cierto paisano,  
Y me fundo en la esperencia,  
Que ya se fueron los gauchós  
De las pampas de su tierra.  
Su voz la apaga el ruido  
De las ciudades y pueblos,  
Que se levantan al grito  
De otros hombres y progresos,  
Cual fantasmas de esas noches  
De relámpagos y truenos,  
En que nos lleva al galope  
El licor de los pulperos.  
Del paisano encacharpado,  
Payador y guitarrero,

## INTRODUCCION

Que vagó de pago en pago  
Cantando *tristes y cielos*,  
Ya no quedan ni señales  
Desde el Uruguay al Teuco.  
Si hay alguno en Buenos Aires,  
Cambió de mañas y pelo.  
Ya no resuena en las pampas  
El tropel de los rodeos  
Ni disparan las manadas  
Con la crin tendida al viento,  
Ante el ginete que amaga  
Atarles el lazo al cuello.  
Solo nos queda, paisano,  
En la memoria ese pueblo,  
Que vivió como los pájaros  
Cantando trinos al viento.  
Mas hoy el sol de los Incas  
No vé gauchos a'taneros,  
Que arréen gruesas tropillas  
Al son de cantos guerreros:  
Y á la voz de los caudillos  
No se reunen ejéraitos,  
Con su caballo de tiro  
Y otro bajo del apero,  
Derramando resplandores  
En el espacio y el tiempo.  
Ya no quedan ni vestigios

## INTRODUCCION

De aquellas almas de niño  
Y aquellos hombres de acero,  
Tan bravos en el peligro  
Como blandos al afecto.

---

•

•

## ANTUCO

---

Antuco es un gaucho del Sur de Buenos Aires, á quien conocimos de una manera original.

No tenia Antuco una idea de lo que era esta gran ciudad, ni pudo conseguir un amigo que lo acompañase, porque despues de la batalla de Pavon, en la que se halló como soldado, á las órdenes de Cascallares, vivió entregado al trabajo y al cuidado de su familia, sin frecuentar ninguna clase de reuniones.

Cuando llegó á esta capital, por primera vez, traia bien lleno el tirador.

En la fonda donde se alojó, vivian varios huéspedes de buen humor, con quienes hizo relacion Antuco, *truqueando* y entreteniendo el paladar con los licores mas agradables.

Asi le sorprendió el amanecer.

Entonces se levantó, y fué á buscar la puerta de esa oficina que no se nombra, sino cuando se habla entre personas de confianza.

La halló, é iba á abrirla, cuando una voz chillona gritó;

—Borracho!



Antuco miró en su rededor; y no vio á nadie.

Empujó la puerta de nuevo, y otra vez oyó:

—Borracho!

—Oh! Parece que las paredes hablan, murmuró—y salió á la calle.

Sin embargo la voz chillona le perseguía; de vez en cuando resonaba en el aire el mismo calificativo, sin que Antuco se diese cuenta de donde venia.

—Me parece que es el *peludo* que habla, decia Antuco, pasándose la mano por la frente, y perdido ya en calles rodeadas de árboles.

—Aquí no habrá persona alguna, pensó, y saltando por encima del alambre del cerco, entró en una quinta.

Buscó el paraje mas oculto por la frondosidad de las higueras, y se desató el chiripa.

—Ahí no! dijo la voz chillona, que parecía perseguirlo. Antuco recojió el chiripà, y fué á ocultarse en otro bosquecito.

—Ahí no! volvió à decir la misma voz.

—La gran flauta; que son aseados los puebleros! Ni entre los árboles puede uno servir al cuerpo.

Se alejó de nuevo é intentó aprovechar la espesura de un espacio sembrado de porotos.

—Ahí no! gritó otra vez la voz.

—Y donde entonces, patron? preguntó Antuco apurado.

El interpelado no contestó, y el gaucho siguió buscando un paraje à propósito para lo que deseaba.

Al fin se halló en un bosque de camelias, penetró en el y, no pudo obedecer à la voz, que seguia gritando;

—Abí no; Abí no;

—Lo que es ahora, patron, ni la polecia, me hace aguantar mas.

—Aquí está; aquí está; dijeron varias personas, cuyos pasos se sentian cada vez mas cerca del bosque.

—Me han visto. Dejuero me llevan preso; pero no le hace; creo que no me han de fusilar por el delito, salvo que los gauchos no puedan disponer de un sitio en su tierra, ni para estos *casos*....

—Ahí está! ahí está! seguía diciendo la voz de una persona; le estoy viendo la cola.

Antuco se levantó y llevó la mano à cierta parte del cuerpo, como si quisiera ocultar algo, diciendo:

—Pucha! que ojo de puebleros!

Ya iba à presentarse à las personas que acababan de rodear el bosque, cuando oyó un chirrido de pájaro y una voz que dijo:

—Aquí está; lo *casé* del rabo.

—Del rabo! murmuró Antuco. No es verdad, dijo en voz alta, mientras se cercioraba de que su chiripá estaba bien puesto y atado con la faja.

—Quien está ahí? preguntó una persona.

Antuco se presentó à los que hablaban.

—Dispensen, señores, dijo sacándose el sombrero.

—Ah! Vd. tambien andaba en busca del loro?

—Qué loro, señor?

—Este canalla que huyó de la fonda hoy, contestó uno señalando un hermoso loro, que se reía á mas no poder.

Mientras nuestros compañeros se alejaban con el loro; entablamos conversacion con Antuco.

Desde entonces, datan nuestras relaciones con él.

—No sabia que habia pájaros tan ladinos, nos dijo. Buen sustazo me dió; me viene persiguiendo desde el amanecer. Y lo peor es, que casi me hace *reventar*.

---

.

.

## A la gloria

—

—Señor, me decia mi guia en una escursion que hice por un pais, que no hace al caso nombrar, se aproxima la noche, y estamos cerca del paso.

—¿Y eso qué importa?

—¿Que importa? me dejo cortar un brazo antes de pasar por el monte de noche.

—¿Hay algun peligro en él?

—¿No conoce Vd. al *hijo de la viuda*?

—Ni á la viuda tampoco.

—Bien se conoce señor, dijo mi guia deteniendo el caballo y desmontando.

—¿Que hace Vd?

—No sigo mas adelante. A dos cuadras de aquí hay un rancho, podemos pasar la noche en él, y mañana seguiremos marchando.

—¿Pero no es mejor ir á dormir dos ó tres leguas mas adelante?

—Yo no paso por el monte de noche, señor. Ahí está el *hijo de la viuda*.

—Lo mismo estará mañana.

—No señor, de dia deja el paso libre; de noche no hay cristiano que se escape.

—Esa es una cobardia. Yo llevo armas, Vd. tambien; luego, por muy bravo que sea ese hombre no và á comer-nos.

—Si fuese un hombre, aunque fuera mas valiente que Lavalle no me haria retroceder; pero.....

—¿Pero qué?

—Es *ánima del otro mundo*, dijo el gauchó en tono muy bajo y mirando en su rededor con desconfianza.

—Creí que Vd. no gastaria burlas conmigo.

—¡Burlas, señor! Vamos al rancho de que le hablé, y si halla una sola persona que no piense como yo, respecto al *hijo de la viuda*, digame lo que quiera.

—Como es que un muerto puede infundir tal payor?

—No es un muerto, señor.

—Si es un viviente, tampoco me esplico el miedo que Vd. le tiene.

—No es viviente. Es una *ánima del otro mundo*.

—¿A qué llama Vd. *ánima del otro mundo*?

—Al que no está vivo ni está muerto.

—Menos lo entiendo.

—Bueno, señor, yo me voy á dormir al rancho; si Vd. quiere seguir, siga solo.

—Seguiria si supiese el camino; pero le pago á Vd. para que me lo enseñe.

— Cuando sepa quien es *el hijo de la viuda* verà que tengo razon en no seguir.

— Iremos à pedir hospedaje donde me indica; pero quiero saber la historia del *hijo de la viuda*.

— Si señor; se lo contaré esta noche.

Llegamos al rancho; pedimos permiso para quedarnos y despues de haber cenado, me contó mi guia, delante de los dueños de casa, que à cada momento confirmaban el relato, lo que sigue:

— Al otro lado del arroyo, como à una legua de distancia, vivia una viuda que tenia un hijo como de veinticuatro años.

Se enfermó el mozo. No habia médicos cerca, y nadie supo de que murió.

Se puso el cajon en un carrito, y acompañado de los vecinos del pago, seguia para el pueblo.

Cuando el acompañamiento iba cruzando el paso, se sintió un estampido.

La tapa del cajon del difunto, se levantó de golpe, y el hijo de la viuda se sentó.

El que montaba el caballo conductor del carrito, cortó la *sidera* y le cerró piernas al pingo.

Los acompañantes ya habian huido antes, y el carro y el difunto quedaron en el medio del paso.

El dia siguiente la autoridad del partido fué à buscar el muerto; pero solo halló el carro y el cajon; el muerto no estaba en ninguna parte.

Pocos dias despues, el hijo se le apareció en sueños á la viuda, diciéndole que le dejase diariamente en el paso, algo que comer y unos cobres para velas, que él *andaba penando*.

En cuanto la viuda se levantó, fué al paso y dejó un plato con carne asada, pan y unos cobres.

—Al dia signiente, el plato estaba limpio, y en un papelito de cigarrillo, estaba escrito con carbon:

“ Solo de noche puedo venir; de dia estoy en el purgatorio ”.

Y así no mas es. De día le ponen los platos con comida y un peso ó dos para velas, y no los toca; pero al dia siguiente, los platos estan vacios.

El pobrecito, *ánima bendita*, anda de noche.

—¿Y le sigue llevando la provision la viuda? pregunté yo.

—La viuda ha muerto; pero los vecinos del pago nunca se olvidan de llevarle de comer al hijo, y si no lo hacen, por lo noche hay en el paso ayes y ruidos de cadenas que hacen parar el pelo.

Pedí permiso para permanecer algunos dias en aquel paraje, y una noche, despues de haberse acostado las personas que vivian en el rancho, me dirigí al monte y me oculté cerca del paso, en medio de unos arbustos.

Media hora habia estaba en mi escondite, con el oido atento al mas insignificante rumor, cuando sentí pasos cautelosos.

Preparé mis dos pistolas y escudriñé con la mirada el espeso ramaje por donde me pareció sentir los pasos.

Un hombre envuelto en una sábana se adelantó hacia el parage donde estaba el plato con las provisiones.

Echó los centavos al bolsillo, envolvió el pan y el asado en un papel, y despues de mirar à varias direcciones, regresó por el mismo sendero que habia venido.

Tomando las mayores precauciones, para no ser sentido, lo seguí.

Así marchamos por espacio de media hora.

Llegó por fin á lo mas espeso del bosque, se detuvo arrojó la sábana que envolvía su cuerpo, puso el papel con las provisiones sobre el *recado*, se sentó, y colocando el enorme trabuco que pendía de su cintura, en el hueco del lomillo, empezó á comer tranquilamente.

La noche era muy clara; yo estaba situado de tal modo, que no perdía un movimiento del *hijo de la viuda*.

Concluyó de comer, se sacó las botas, y colocando el facon al lado del trabuco, debajo de la cabecera, se acostó.

Pronto sus ronquidos me anunciaron que dormía.

Me incorporé, marché muy despacio, y con las dos pistolas puestas ante el rostro del gaucho, le grité:

—Si se mueve lo mato.

El gaucho abrió los ojos y dijo sin moverse.

—Estoy rendido.

Le tomé el facon y el trabuco, y le dije:



—Siéntese Vd.

—¿Qué quiere, señor?

—¿Quién es Vd?

—¿Con quién hablo, con la policia?

—Sí, señor; soy comisario.

—Entonces ya Vd. sabrá quién soy.

—Conteste, à mi primera pregunta.

—Soy un criminal. Préndame ó mâteme y se acabó.

—Amigo, voy à dejarlo en libertad, si me esplica como se hace Vd. temer y servir del vecindario.

—Yo estaba escondido en este monte por un delito que cometí.

Vivia de matrero. Un dia sentí rumores que me parecieron de gente armada, y me acerqué al paso para descubrir si era la policia que me buscaba.

Entonces ví huir algunos ginetes, como si los corrieran, y en el medio del paso un carreton con un cajon dentro.

El difunto estaba bien vestido y yo casi desnudo.

Le saqué la ropa, y para que no se descubriese el robo eché el cuerpo en una laguña, atado à una piedra.

Pocos dias despues volví à ver si estaba el carreton en el paso, y ví un plato con pan y asado en el monte.

Tenia hambre, y comí aquella provision, que me ahoraba de carnear y hacer fuego, y puse un papel dentro del plato, escrito con carbon:

“ Solo de noche puedo venir, de dia estoy en el purgatorio ”.

Desde entonces nunca me ha faltado que comer y algunos reales para cigarros.

—Una vez que ha sido franco conmigo, yo voy à serlo tambien con Vd. No soy comisario ni diré una palabra de cuanto acaba de decirme. No soy mas que un curioso.

—Es decir que no me prende.

—Al contrario. Piense que ni lo he visto, y tome para recuerdo, dije dándole algunos pesos y sus armas.

El gaucho se mostró agradecido.

Al otro dia emprendí mi interrumpido viaje, sin que nadie sospechase lo que acabo de contar.

Despues de esto, pasaron treinta años.

Ayer llegué al paraje donde estuvo el rancho.

Ahora hay allí una casa grande y cómoda. Sus habitantes me contaron el mismo cuento, agregando que desde algunos años à esta parte, el hijo de la viuda no necesitaba dinero, pues cada vez que se lo ponian en el plato con la provision de boca, tomaba esta y dejaba aquel.

Suponian con tal motivo, que ya el *ánima* habia salido del purgatorio, por cuanto no gastaba en velas.

Yo recorri el monte de dia, sin poder hallar à mi antiguo conocido.

A la noche me embosqué para sorprenderlo.

No tardó en aparecer; pero esta vez, en lugar de un

hombre envuelto en una sábana; era un zorro que se acercaba al plato y comia su contenido. Apunté, hice fuego y maté el zorro.

Desde entonces se dice en aquel paraje, que el *hijo de la viuda se fué á vivir á la gloria*, pues dejaba la provision sin tocarla, por cuya razon no se la llevan ya.

## A la Patroncita Delfina

—  
Con que patroncita, créiba  
Que de juro era un pueblero,  
El que asigun mi aparcerero  
Lo del paísano escribió,  
Deande yerba! criollazo  
De güena pinta, y ginete,  
Y al mesmo tiempo paquete  
Cuando llega la ocasion.

—  
Cuando vuelva à dir pa juera,  
Y hacer otra comilona  
Convide al gaucho, patrona  
Verà mozo de mi flor.  
Verá cantar por guitarra  
Y zapatear á un criollo,  
Y ahi no mas, largar el rollo  
Si se ofrece en el amor.

—  
Segun cuenta don Eustoquio,  
Usted es linda y laJina,  
Paquetona y bailarina,  
Que es cosa que da calor.

¡Aijuna! quien me veria  
Lamentármeme al oído,  
Y sin ver cartas ¡envido!  
Gritarle à su corazon.

—

Y si *revida*, en el aire  
Decirle: *quiero y ganarle*,  
Y pa consuelo jugarle  
Un gato con relacion.  
Pero recien me hago el cargo,  
Que solo soy personero,  
Pues le hago por mi aparcerero  
Toita esta relacion.

—

Que por mi parte, de cierto,  
Me veo tan arrugao,  
Como cuero que ha quedao  
Sin estaquear al sol.  
Ni siquiera patroncita,  
El último engorde espero,  
Cualquier dia dejo el cuero  
Al pasar un cañadon.



## ¿À mi? ¡maní!

—

Juan era un mozo de esos que al revés de sus amigos, no tonia apego al caballo, ni à la *vida del campo*, como él decia.

Toda su ilusion era venir à Buenos Aires y permanecer en esta ciudad

Faltábale relaciones y medios de poderlas adquirir, así que, por lo pronto, se contentaba con la esperanza de venir como peon de una tropa, y de paso buscar algun medio de ponerse al habla con personas en condiciones de proporcionarle los medios de satisfacer sus deseos.

¡Cosa casual! otros amigos de Juan, que no tenian sus inclinaciones, eran buscados para *hacer tropa* y él no podia hallar tropero que lo necesitase, siendo todo un hombre de campo.

—Juan, le dijo un dia uno de sus amigos *¿querés dir á tropear por mi?*

—¡Ya estuvo! contestó Juan entusiasmado.

—Son dos nacionales diarios y el *churrasco*; pero van á tardar lo menos, un mes en la tropiada.

—¡Lindo!

—Mañana á la madrugada te vas á dir á la estancia de los ingleses y preguntas por don Antuco, que es el tropero. Decile que te he visto á vos, porque yo no puedo dir; se me enfermó la vieja.

—¿Habrá que llevar tropilla?

—¡De juro! y lazo y boleadoras.

—¡Juepucha! *Calandracas*, les voy á sacar á los *pangarés*.

—¿Cuantos vas á llevar?

—Los cuatro *pangarés* no mas, que bastan para trabajar tres meses.

—Tomá, te regalo este bozalejo; basta que me saqués del compromiso.

—No te desavies.

—¡Deande! todavia me quedan dos igualitos.

Juan ató los cuatro *pangarés* á soga esa tarde; y despues se puso á mordacear dos maneas y un maniador. Revisó su *recao* y limpió los estribos y el freno de composicion.

Llegó á la estancia de los ingleses.

Algunos caballos estaban ensillados bajo la ramada y otros recien sus dueños los llevaban de la estaca.

—Paisano, güenos dias.

—Güenos se los dé Dios, amigo.

—¿No me daría noticia del tropero don Antuco?

—Yo soy, amigaso.

—Aquí me manda Cosme Canejo *pa pion*, porque él no puede *dir* por la enfermedad de su vieja.

—Ta güeno: alleguese *pa las casas* y apéese. ¿Ya sabe lo que *và à ganar*?

—Si, señor, dos nacionales por dia y el churrasco.

—Asi es; pero rondará cuando sea preciso y en sus caballos, con la condicion de no recibir un peso, hasta llegar à los corrales de la ciudad.

—¿Ni *pa tabaco*?

—*Pa eso si*; si anda *desaviao*, no le ha de faltar *pal mate* y *pa cerillas*.

—¿Y dende cuando empezamos, patron?

—De hoy mesmo; el primer aparte lo hacemos aquí y despues vamos marchando y apartando en los rodeos por donde vamos à *dir*, hasta topar con el otro compañero que anda apartando por otro lado.

—Voy entónces à cambiar caballo, con su licencia.

—Vaya no mas y acerquese à la cocina à tomar un verde, mientras los peones de la estancia paran rodeo y llevan el *ciñuelo*.

Juan cambió de caballo, dejando los otros dos *acollados*, y otro *enrabado*, y entró en la cocina.

—Abànquese, mozo. Velay un cimarron.

Juan se sentó y tomó el *mate*.

Cuando empezó à clarear el dia, se levantó el tropero y tomando una botella que tenia à su lado, dijo:

—Güeno, muchachos; asienten el *mate* y *vámonos pal*



rodeo. Jorge, vos andate adelante con los caballos y te parás en la cuchillita del rodeo, hasta que acabemos el aparte.

Cada uno dió un beso á la limeta, y chiflando un cieli-to unos, conversando otros, se dirigieron al campo.

El capataz de la estancia, el tropero y ocho peones entraron al rodeo, mientras otros peones ayudaban á atajar el ciñuelo.

Juan fué de los apartadores.

El tropero señaló un novillo, y la primera *yunta* de apartadores, se vió salir del rodeo con el animal en el medio y golpeando la carona con el rebenque doblado. En seguida otra, otra y otra.

El tropero señalaba los animales y los peones los guiaban al ciñuelo.

Juan era un *campero* en regia; pero el caballo que montaba, parecia tan maestro como el dueño.

—¡Ah! pangaré! decian los otros peones, no le falta mas que hablar. ¡Que *pingote*, paisano; ese sabe leer y es-rebir, y ligero como un ventarron.

—Es regular, decia Juan con orgullo.

—Superiorazo! Si los otros son como este, tiene para todo el año. ¡La gran pucha! Si es orejear el animal y ahí no mas se le pega á la guampa como si le conversase al sído, hasta el ciñuelo.

Cuando concluyó el aparte y antes de mover el ciñuelo, los apartadores mudaron caballo y empezaron á mover la

tropa, mientras el tropero volvió à la estancia à pagar los animales y à recoger el certificado.

Así fueron recorriendo los rodeos, hasta incorporarse con la otra tropa.

Se juntaron y marcharon en direccion à Buenos Aires.

Antes de llegar à los Corrales, algunos compradores empezaron à hacer oferta; así que al llegar, no hubo mas que encerrar el ganado; ya estaba vendido.

El tropero, seguido de sus peones, se fué à una casa de negocio y allí arregló à todos lo que habian ganado.

—Ahora, mozos, si quieren que volvamos juntos al pago, de aquí à cuatro dias, me hallarán en esta misma casa, despues de las doce.

Cada uno de los peones se fué à comprar lo que necesitaba y especialmente Juan, que al fin iba à realizar sus deseos.

Acomodó sus caballos y se fué à una tienda, donde compró saco, pantalon y chaleco negro, dos camisas blancas y un sombrero.

Tomó informes, y despues de afeitarse de pera y bigote y cortarse el pelo, se metió en el trenvia de los Corrales.

Juan se miraba en los vidrios del trenvia y se hallaba satisfecho de su gentil figura y sus apariencias de paquete; solo le inquietaba el no ver una persona conocida, para tener un testigo del triunfo que creia haber conseguido.

Se sentaba, se levantaba, ofrecia cigarros al cochero, al mayoral y à cuantos pasajeros habia; no cabia en sí de gozo.

En su afan de no parecer hombre de campo, no preguntó á donde iba el trenvia esperando ver alguna calle que le llamase la atencion para bajarse.

Llegó à la esquina Perú y Alsina.

El trenvia llevaba bastante velocidad; pero Juan, sin conocer el peligro, se bajó cayendo tendido de espaldas en medio de la calle.

De un salto se puso de pié, y se le sintió decir entre dientes:

—¡Pucha que soy animal!

Los curiosos, que parecen brotar de la tierra, en momentos que un prójimo se rompe el bautismo, rodearon à Juan.

—¿Qué me mira, amigo? preguntó á uno.

El interpelado se echó á reir, y los demas hicieron lo mismo.

—¡Oh! pues hombre! ¡Sabe que està lindo!

—No es de Vd. paisano, exclamó un muchacho de unos 16 años.

—¡Paisano! ¡Su abuela será paisana!

—¿Qué no es de la campaña, amigo?

—Soy tan pueblero como Vd.

Los curiosos y las risas aumentaban.

Juan echó el sombrero á la nuca, y dijo con tono duro

—Vean si á alguno se le hace gueno el partido y avisen no más; y amacando el cuerpo tomó por la calle del Perú en direccion á la de Victoria.

Cuando llegó á la calle Rivadavia, mas de cincuenta muchachos lo seguian, llegando el mas atrevido á darle un tiron del pantalon.

Juan dió vuelta y vió que una banderola blanca asomaba en la parte trasera de su cuerpo.

En la caida del trenvia, se le habia abierto el pantalon, que era muy estrecho, y observó que las cañas de las botas se rebelaban contra la estrechez de las piernas del pantalon.

—¿Cómo tapar toda la averia, sin poncho?

Recien entonces echó de menos un chiripá y un poncho de verano.

Por último, ya Juan no podia moverse sin tropezar con los que lo miraban.

En un descuido, le dieron otro tiron del saco.

Juan atropelló al muchacho, que huyó, mientras los otras repetian los tirones y Juan los atropellos.

La piedra del escándalo estaba arrojada.

Desde ese momento, la cuadra de la calle Florida entre Piedad y Rivadavia, se volvió una plaza de toros.

Juan embestia ciego de cólera, nunca alcanzaba al enemigo, y la averia de su pantalon aumentaba considerablemente.

Era la figura mas estrafalaria que imaginarse puede.

De repente, al ir á embestir á un muchacho, otro le agarró una pierna, y Juan cayó de bruces, acabando de separarse del todo las dos piernas del pantalón, á causa de haberse descosido la costura que las une.

Cuando se levantó Juan, estaba sin sombrero y sin saco.

Los muchachos, aprovechando la caída, casi lo habían desnudado.

Blasfemaba y sudaba en vano el infeliz, cuando un vientito imprudente, le hizo advertir el estado deplorable del traje.

Entonces emprendió una carrera desatinada, sin rumbo, sin conciencia de lo que hacía, hasta que un vigilante lo detuvo.

En la Comisaria se puso remedio á todo, y el Comisario hizo acompañar á Juan hasta el punto donde debía tomar el tren para los Corrales.

Juan pagó el cuidado de sus pargarés, montó á caballo y llegó á sus pagos jurando vivir y morir en el campo. Cuando lo buscaban para venir á la capital, decía:

—¿A mí? ¡Maní! No se hizo el monte pa las gallinas. A lo que te criastes nomás!



## C A R T A

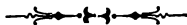
Paisano, si el bordoneo  
Le anuncia de mi guitarra,  
Tristezas que van cruzando  
Como entumidas torcazas,  
Cuando al rodeo traemos  
En el campo las majadas,  
Tenga paciencia y escuche  
Que el gaucho que sufre, canta.  
Los que levantan su rancho  
En el confin de las pampas,  
Como un nido de alegrías  
Los pájaros en las ramas,  
Cuando el mundo les da un tajo  
Les llega al fondo del alma.  
Piensan los hombres de pluma  
Que el gauchaje no adelanta  
Y están pintando por mofa,  
Nuestras costumbres y mañas,  
Como quien pinta en el suelo  
Con el facon una marca.

Apenas un cajetilla  
Sabe dar cuatro plumadas  
Y pasa un dia en el campo,  
Cuanto mas se le agasaja  
Mas fieramente nos pinta,  
Con mas desprecio nos trata.  
Nuestras mozas, no son mozas,  
Nuestras casas, no son casas,  
Y los mismos sentimientos  
Sin compasion nos maltratan,  
Pintándonos como tigres  
Que entre el pasto se agazapan.  
Nuestras hierras, nuestras tuzas,  
Las esquilas y las capas,  
Las miran con menosprecio,  
Y hasta nos cambian el habla,  
Sin ver que somos el pueblo  
Que no pide, pero paga,  
Y estamos siempre dispuestos  
Con el sable y con la lanza,  
A sostener peleando  
La bandera de la patria.  
Yo no diré que D. Pollo,  
Anima bendita, no haya  
Tenido razon de hablarnos,  
Porque á un mozo de su laya  
De oirlo cantar, paisano,

El mesmo gaucho se encanta.  
El nos pintó como somos;  
Pero estos otros que charlan  
Por hacer el aparato  
De conocer la campaña,  
Y que rejuntan al ñudo  
Alguna que otra palabra,  
Sin entender lo que en ella  
El paisanaje reclama,  
Son maturrangos que nunca  
Domarán una potranca.  
Salen á escribir de vicio  
Entre la gente letrada,  
Como sale un guacho negro  
De repente en la majada.  
Así viendo á tantos maulas  
Hablándonos de carreras,  
De bailes y de jugadas,  
En una lengua mas dura  
Que maniador sin mordaza,  
Paisano, me dá tristeza,  
Se me añuda la garganta,  
Y pienso: como á reyunos  
Los mesmos nuestros nos tratan,  
Entre tanto que los barcos  
Vienen llenos de gringada,  
Mas súcia que uua bajera,



Mas bruta que una canchada,  
Y ni un jetazo le pegan,  
Para nosotros lo guardan.  
Ahí tiene, amigo, las penas  
Que me aflijen y acobardan,  
Desde que vi los libros  
Que me ha mandao á la estancia.  
Ojalá, paisano, nunca  
Me los mande de esa laya,  
Que para peste tenemos  
En los ganados la sarna.



## El campo de las ánimas

—

Al rededor del fogon de la cocina, despues de un dia de carreras, tendida en el suelo una jerga de entrecaromas, sobre la cual se veia una baraja y una vela fijada en la boca de una botella, se ganaban los pesos de conchavo cuatro gauchos, mientras otro les ofrecia un *cimarron*, y recibia en cada partido un regalo del que ganaba.

Ya Gabino, que era el menos acaudalado, sentia vacio el tirador, cuando irguiendo la cabeza y mostrando la luz de la alegria en la pupila, dijo:

—En los jardines de amor  
Vide blancas azucenas,  
Y un pájaro que sus penas  
Cantaba sobre una .... ¡flor!

—Tambien tengo, contestó uno de los contrarios.

—¡Que *buscar* .... una *tijera*.

—Tengo flor y envido, embustero.

—¿Envido, dijo?

—¡Real envido! Oigalé el duro; ¡a que afloja?

—Contra flor el resto, y pierde, maula!

—¡Que ha de ganar! Con flor quiero; cante.

—Cuarenta y dos que Vd. no mata.

—Azotes le habian de dar. La pu...nta de un mania-  
dor; cuarenta duras mató! Dispense; compañero.

—Está bien perdido, contestó el compañero.

—Velay patron, *pa la vela*, dijo Gabino al recoger la  
apuesta, dando al cebador del mate cinco pesos.

—Que le florezca el jardin, Gabino, contestó el due-  
ño de casa.

—Ha de florecer no mas.

Barajaron, dieron cartas y de nuevo Gabino, como si  
la suerte hubiese empezado á favorecerle, dijo.

—Es la dueña de mi vida  
Chiquita, que es un primor;  
Casi tengo por querida  
Una mujer pica..... ¡flor!

—Usted solo tiene, contestaron los contrarios.

—¿Y.....compañero?

—Echele *el otro*, pa que disparen.

—¡Truco! y juego una.

—¡Retruco!

—Quiero ver con que me gana.

—Los hubiese echado al campo.

—Déjelos, déjelos; *ande irá el guey que no are*.

—A la.....

No he podido entender lo que dijo el gaucho, pero  
Gabino se puso sério y dijo:

—¡Qué... lo besó de potrillo!

—No hay palabra mal dicha, si no es mal tomada, paisano.

—¿De quién *vá la primera?* preguntó Gabino.

—Nuestra, compañero.

—Entonces, *pa jugar la otra...*

—¡Cuidado compañero! mire que se están haciendo talon! no se *desmande*.

—¡Vale cuatro! que anda con miedo; vayasé á baraja Vd., compañero.

—¡Vale cinco!

—¡No le dije! *quiera callao la boca*.

—Quiero no mas, por hacerle el gusto á mi compañero, y teniendo para roncar mas juerte.

—Ahí les tiene, volvió á decir el compañero de Gabino, al verle matar con el cuatro.

—¿No dicen mas nada?

—Juegue no más, que no la va á llevar de *balde, contrario*.

—Tomen, dijo el contrario, poniendo la mano en forma do tubo, y soplando y haciendo caer el dos sobre la jerga.

—No vé, Gabino; estaban con *táta y máma*.

—¡Qué tanibo!

—No se asuste, aparcero, y apunte ese *vale cinco* en la pared.

—¡Asustarme! ganarme podrán; pero asustarme, *de arde yerba*:

--El que es hombre se asusta alguna vez, y sino vea

á Liborio como se le aflojaron las tabas cuando pasó por el campo de las ánimas,

—Si me paga lo que estoy perdiendo, voy al campo de las ánimas, desensillo y me acuesto á dormir hasta mañana.

—¡No juegue, compañero, con las cosas del otro mundo! dijo el dueño de casa.

—Sí, le pago. ¿Cuánto pierde? dijo uno de los ganadores.

—Cuatrocientos *grullos*.

—Aquí estan, en manos de D. Agapito.

Todas las advertencias fueron inútiles; Gabino partió.

Llegó, desensilló, y apenas habia tendido el recado, vió unas cuantas luces entre unos cardos, que movidos por el viento, parecian cabezas humanas, haciendo señales afirmativas.

Gabino desenvainó el facon y se dirigió al cardal deteniéndose á corta distancia y gritando:

- ¡Que andan compadreado! ¡vénganse no mas, que les voy á dar el *güelto*!

Un fuerte viento hizo sonar los tallos secos de los cardos, quebrándose algunos, al mismo tiempo que el caballo, asustado, arrancó la estaca y huyó bufando.

Gabino sintió aflojársele las piernas; mirando en todas direcciones y como avergonzado, atropelló el cardal.

Una multitud de luces fosforescentes brotaron ante

sus piés, al mismo tiempo que un bulto huyó, dando un gruñido que heló la sangre del gaucho.

Después reinó un profundo silencio.

.....

Al día siguiente, viendo sus compañeros que el sol estaba *muy alto*, como ellos dicen, para significar lo avanzado de la mañana, se encaminaron al campo de las ánimas.

Gabino estaba muerto, sin hallársele en el cuerpo lesión alguna.

—Lo mataron las almas del otro mundo.

—¡Que ade! dijo otro; se ha muerto de maula.

—Con estas cosas no hay que jugar, dijo D. Agapito.

—Ha muerto de la compadrada, dijo otro. Es un mal para el cual no hay remedio que venga bien, agregó un tercero.

—Gabino no pitaba del flojo, paisano, y cuando él se ha muerto, razón de sobra ha de haber tenido, dijo sentenciosamente su compañero de truco.

—Vamos, vamos, todavía está gediendo á misto, dijo D. Agapito dirigiéndose á 'a estancia.

Todos lo siguieron.

Mas tarde, el Juez de Paz recogia el cadáver murmurando:

—De este mal se mueren muchos. En todas partes hay campos de las ánimas para las compadradas.



## C A R T A

—

Sigun lo que me ha contao,  
Nuestro amigote Nereo,  
Veo que en este verano  
Va pelechando aparcerero,  
Pues ha fundado un diario  
Paqueton en ese pueblo,  
Y dende aquí me hago el cargo  
De que es lindazo, canejo;  
Tan ladino y tan pintao  
Que dará calor el verlo.  
Ah! quién pudiera, paisano,  
Domar el entendimiento  
Para dirlo galopiando,  
Y cuando agarrase freno,  
Caer en él á sus pagos  
Y apareármeme sin miedo.  
Pero por mas fuerza que hago,  
Aunque me azote el deseo,  
Yo seguiré siendo gaucho  
Y potro mi entendimiento,

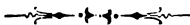
Que el animal que es bellaco  
Nunca llega á parejero .....  
Endílgueme su diario  
Pa ver lo que trae de nuevo,  
Que cuando engorde el ganao  
Se lo pagaré, aparzero,  
Y mientras tanto en el pago  
Le diré lo que hay de nuevo.  
Ya sabrá que me han pitao  
Dende cuando me escribieron;  
Hasta el nombre me cambiaron  
De Antuco por Aniceto.  
Aquí se arrean los gauchos  
Como tropa de carneros,  
Y le meten el caballo  
Al que se para de rengo.  
Dicen que el patron D. Dardo  
Paga los votos á peso,  
Y al que no quiere aflojarlo  
Le hace la marca en el cuero.  
Ansina que aquí votaron  
Casi todos por el mesmo.  
Diz que un Juarez mentao,  
Anda jugándoie fiero  
Al porteño candidato  
Y asigun lo que yo infiero,  
Lo tienen amenazao;



Pero, paisano, yo pienso  
Que los tiene *jaboneaos*,  
Y andan bufando de miedo.  
Dicen que les ha ganao  
En las provincias de adentro,  
Que es criollo retobao  
Y que les paró rodeo.  
A Mitre y á don Bernardo,  
A Rocha y al *Padre eterno*,  
Que ansina lo han bautizao  
A Gorostiaga los nuestros.  
Pero mi patron, que es gato  
Capaz de arañar á un perro,  
Me dijo: Antuco, triunfemos,  
Juarez es de los nuestros.  
Y mi voto he reculao  
De ande el Juez me lo ha puesto,  
Y al patron se lo he atracao.  
Hubiera visto qué infierno!  
Ahi no mas los de don Dardo  
A la tipa me metieron.  
Jué pucha! viera qué bravos!  
Toitos se me pusieron,  
Diciéndome: “Renegao!  
No merece ser porteño.”  
La suerte que estoy curao,  
Si no me asustaban fiero.

Una multa me cobraron,  
Por qué? no lo sé, aparcerero,  
Pero el patron la ha pagao,  
Y he salido del aprieto,  
Como bagual que ha dentrao  
Al corral, al verse suelto.  
Digamé si por sus pagos  
Ha sucedido lo mesmo;  
Si no es criollo, paisano,  
En la patria, el arribeño,  
O si es el patron don Dardo  
Algún reyazo uropeo,  
Que esta tierra ha conquistao  
Pa meter gauchos al cepo.  
Allá pal setenta y cuatro  
Tambien andubim<sup>os</sup> fiero;  
Hubo gaucho que ha dejao  
En las cuchillas el cuero;  
Pero el que muere á caballo,  
Muere caliente y contento  
Despues de haber peleac,  
Que siquiera es un corsuelo,  
Hoy nos tienen embretaos,  
Y á multas nos ponen viejos,  
Jueces y Comisarios;  
Un dia por ser porteños,  
Otro porque somos gauchos;

Al beber, porque bebemos,  
Al jugar, porque jugamos,  
Si no votamos, lo mismo,  
Y al votar, porque votamos,  
En la provincia ya somos  
Mirados como rebaño.  
Diga, paisano qué es esto?  
Usted que es hombre lustrado.  
Le he de mandar un cordero  
Si me destrienza este lazo.  
Déle memorias al viejo,  
Y un abrazo á los muchachos,  
Y disponga del apego  
Verdadero, de este gaucho.



## Qué chacotas!

—

Era día de hierra.

Antes de amanecer, empezaron á salir ginetes de la estancia, que tomaban distintas direcciones,

Los perros iban dando saltos de alegría delante de los caballos.

Otros ginetes surgian de las cuencas formadas por las ondulaciones del terreno, y se agregaban á los primeros.

Los ganados, que dormian en medio de cardales y pajonales, se levantaban asustados, y reunidos en grupos, se les veia correr y detenerse á poca distancia, como si quisieran reconocer la causa de su espanto.

El ganado caballar relinchaba y huia en direccion opuesta al vacuno.

Los perros empezaron á ladrar y correr detrás del ganado.

Se oyó ese silbido especial con que el gaucho azuza los perros, al mismo tiempo que acelera la marcha de los ganados hácia el rodeo, cuando se trata de *hacienda costeadá*.

Se clasifica de *hacienda costeada*, la que se hace ir con frecuencia á dormir al rodeo, ó por lo menos, á esperar en él la salida del sol. La que no está en ese caso, se llama *hacienda alzada*.

El número de ginetes aumentaba á cada momento. Los ganados balaban y corrían sin detenerse, perseguidos de cerca por los perros.

Los animales semejaban grandes torrentes que descienden de las altas lomas para precipitarse hácia el receptáculo, que parece una gran laguna matizada con hojas secas, verdes y negras.

Allí, moviéndose como ondas que se columpian al soplo del viento y formando continuo remanso á los bordes, se veía el ganado.

Ya no ladraban los perros, ni se veían los ginetes.

A dos cuadras de distancia del rodeo, componían los gauchos el recado, apretando la cincha cerca del pecho del caballo, y con las riendas en la mano, armaban un cigarro, que fumaban, entre esas reticencias y medias palabras que constituyen una faz del carácter y la educación que se adquiere en el campo.

—Dése contra el suelo, amigo Ciriaco, dijo uno de los gauchos al ver llegar á un paisano jóven.

—Con que convida aparcerero? preguntó el recién llegado, apeándose.

—Velai el naco, papel, mistos y si le hace falta cuchillo y saliva, avise; también le daré.

—La gran flauta! que está larguero ño Pedro!

—Así soy yo, pues, amigo. Aprienda á ser voraz, usted que no priesta ni los secretos.

—Pucha que le ha dao juerte! De ande quiere que tenga secretos un pobre paisano como yo, dejao de la mano de Dios?

—No se haga el chiquito, barajo; mire que suelto la lengua!

—Suéltela no mas, cuñao, dijeron los otros gauchos reunidos.

—Aflojo? preguntó el aludido, dirigiéndose á Ciriaco.

—Si afloja, no se resbale. Yo sé que Vd. es malicioso y puede picarle la locura por tirar la taba atravesada.

—Oigalé! Ya está aflojando!

—Aflojar! ni en la yerra; pero muchas veces sucede que por enlazar un animal de la marca, entra en la armada alguna ternera ajena.....

—¡Ah, criollo! Como sabe donde tiene fallas la trenza.

—Connigo, ño Pedro, embrome cuanto quiera; pero deje á los que no tienen nada que hacer en la conversacion, en el lugar que les corresponde.

—Y acaso es el primer paisano que tiene *ojos ajenos para ver?*

—Por ahí, por ahí, ño Pedro! dijeron los gauchos acercándose mas; eche el cuento á la playa.

—No, Ciriaco ya tiene la cara como flor de seibo;

hasta las barbas se le pusieron coloradas. No se afija amigazo, que soy gaucho discreto!

—Si no inventa alguna relacion, no tengo por qué afligirme.

—No diga! Y de ande viene Vd. con el pangaré sudao?

—De parar rodeo, como los demas.

—De arriba! Recien llega al campo, haciendo correr el pangaré á media rienda, pa que digan que ayudó á parar rodeo; pero de ande Cristo lo habian de conocer!

—Dice bien, ño Pedro; yo no lo vide en el campo, dijo uno.

—Yo, tampoco.

—Yo, menos.

—Yo, ni en sueños.

—Por qué lado, y á qué hora salió de la estancia, Ciriaco? preguntó ño Pedro con malicia.

—Ultimamente, á naides le importa, y el que quiera mas, que avise, dijo Ciriaco echando el sombrero sobre la nuca y poniendo la mano sobre la empuñadura del facon.

—No se caliente, paisano, que donde hay yeguas potros nacen.....

—Cope la banca el que quiera, dijo Ciriaco, montando de salto y haciendo *tranquear* con presuntuosa gallardia á su pangaré.

—Ah! rubio amargo, dijo ño Pedro con sorna, al ver alejarse al paisano hácia el rodeo.

—No sé por qué me parece que esta yerra va á ser mentada, dijo otro de los gauchos.

Cuanto empecemos á besar la limeta y caliente el sol, hemos de ver algo nuevo.

—Por qué? Todo esto es jarabe de pico no mas, replicó ño Pedro. Vamos al aparte.

—Vamos, repitieron todos montando sus fletes y dirigiéndose al rodeo.

La gente era mucha y bien montada, de modo que á las ocho estaba el aparte hecho, y el siñuelo punteaba hácia la manguera.

Media hora despues, el encierro habia concluido; los gauchos cambiaban sus caballos; los asadores empezaban á verse bajo la ramada; el fuego ardia en tres puntos distintos, cerca de la puerta de la manguera, enrojeciendo el fierro de las marcas, y las mujeres se veian cruzar del comedor á la cocina y vice-versa, con los útiles necesarios para hacer la comida.

—Tata, ¿quién calienta el horno? preguntó una moza interesante y jóven, al dueño de la estancia.

—A ver, pues, Ciriaco. Vos que sos vaquianazo, calentá el horno.

Los gauchos miraron á ño Pedro, que empezó á silbar un cielito y se fué rectamente á la puerta de la manguera, acomodando la armada del lazo.



Ciriaco miró de reojo á los gauchos y los vió sonreir al ver que él se dirigia á la cocina.

—Se me hace que andan arisqueando los gauchos, Petrona, dijo Ciriaco á la muchacha, al entrar en la cocina.

—Si tata cocea; la carneada va á ser con cuero, Ciriaco. El viejo es como luz pal cuchillo.

Mejor es que vayas á la playa y te dejés estar allí. Yo haré calentar el horno con el tio viejo.

—Me abrirés la puerta despues que todos se acuesten?

—Si quedo sola en el cuarto, sí; pero si alguna forastera se queda conmigo, ni te acerqués.

—Mira, Petrona; si se queda alguna, abris y salís pal lao del chiquero; tengo muchas cosas que decirte.

—De loca! Vos no sos ni medio manso.

—Entonces no voy á la playa.

—Si, andá; puede ser que me anime á salir.

—No; decime si ó nó.

—Sí, va.

Ciriaco quiso acercar la cara á la de Petrona.

—Ochs! No te digo! exclamó ella dando con las dos manos en el pecho del gaucho.

—Ah! moza ingrata! dijo con tristeza Ciriaco.

—No embromés, Ciriaco; recien desprendes el lazo y ya querés pialar!

—Algún dia, bien del alma, .

Con la mudanza del tiempo

Llorarás como yo lloro,  
Sentirás como yo siento!

Así cantó Ciriaco dirigiéndose al corral.

Petrona quedó también cantando:

De entre una mata de ortigas  
He de arrancar una flor,  
Y por mas que tu me digas  
No sacaré la pior.

En la playa se escucharon algunas indirectas maliciosas en los labios de ño Pedro; pero el trabajo concluyó sin novedad.

Cuando un gaicho cantaba una décima, durante el baile de esa noche, Ciriaco notó que no estaba en la sala Petrona, y salió precipitadamente en su busca.

Al llegar al costado del chiquero, vió un bulto que desaparecía y otro que permanecía firme.

Ciriaco desenvainó su facon y corrió trás el bulto que huía.

Al alcanzarlo lo detuvo y dijo con una entonacion particular:

—Ah! Petrona! Ah! Petrona! Ah! Petrona!

—Qué se le frunce, amigaso? preguntó una voz á sus espaldas.

Ciriaco giró sobre sus talones y vió á ño Pedro, que, con facon en mano, lo miraba de piés á cabeza.

Ni una palabra mas se escuchó.

Los aceros chocaron, y aquellos cuerpos, que parecían

atados uno al otro, se agitaban en el silencio y la oscuridad como un fantasma.

De pronto, Ciriaco vaciló. Iba á caer de espaldas, pero por la reaccion de la última voluntad, se inclinó hácia delante y atravesó con el facon el pecho de ño Pedro, quien no tuvo tiempo de poner la punta del suyo en el pecho de Ciriaco.

Los dos cuerpos cayeron abrazados.....

Despues, silencio completo.

Al dia siguiente, el dueño de la estancia halló dos cadáveres al lado del chiquero, de lo cual dió parte á la autoridad.

Muchas conjeturas se hicieron sobre esta doble desgracia; pero nadie acertó con la causa.

Solo Petrona llevó en su corazon el terrible secreto; pero puso sobre él la pesada losa del silencio.

Despues de veinte años me lo contó.

—A cual queria Vd.? le pregunté.

—A ninguno. Quería *chacotear* con todos. Me divertia de ese modo.

—No tenia Vd. miedo de hallarse á solas con ellos?

—No; el gaucho es noble, sabiéndolo tratar, y yo llevaba un cuchillo oculto en el seno, que se lo clavaría en el pecho al que me faltase.

—De modo que por *chacotear*, hizo Vd. dos muertes?

—Fué sin querer. Dios me lo perdonará. Desde esa fecha, jamás escuché el galanteo de otro hombre.

—No piensa casarse?

—Ya soy casi vieja. Además, tomé odio á los hombres al ver que son peores que los animales.

Viviré para cerrar los ojos á mi padre, que ya pasa de setenta años.

—Qué *chacotas* tienen las mujeres!

---

## Al “Araucania”

—

### I

De esto modo el gaucho Antuco  
A su aparcerero contaba,  
Al volver de Buenos Aires,  
*Cimarroneando* en la estancia,  
El paseo que habia hecho  
A bordo del “Araucania”

### II

Jui con el patron un dia  
De un *arroyaso* á la playa,  
Que no le vide la orilla  
Ni por pienso á la otra banda.  
Tenia un embarcadero  
De palo á pique de tablas,  
Zambullido en el arroyo  
Mas de trescientas brazadas,  
Y á un lao y otro los botes,  
Como caballo en la estaca  
Que al ver al dueño orejea,  
Retozando se amacaban.

Otros los iban llevando  
Como cinchada de rama,  
Unos pingos bufadores  
Con un *torzal* en las ancas.  
Ya cerquita de la punta  
Del palo á pique de tablas,  
Me dijo el patron: "Antuco,  
Cuidao con la *mascada*,"  
Y bajamos la escalera .  
Mientras los gringos gritaban:  
" Aquí está el bote, signore,  
Veda come si balanza  
Come bianco pacarito  
Senza que se moca lala".  
El patron que es baquianazo  
Para entender la gringada,  
Les comenzó á jugar lengua  
Mientras nos acomodaban  
Enancados en el lomo  
De un pingo de aquella laya.  
Viera como se movia,  
¡Viera como se lomeaba!  
¡Ahijuna! si daba miedo  
Asentarle la culata.  
Desatáronle el cabresto,  
Le acomodaron las palas  
Y empezó amacar el cuerpo

Todita la pionada,  
Lo mesmo que cuando el gaucho  
A un tiento le da mordaza.  
Uno le cazó la cola,  
Y se le sentó en el anca  
Al pingote de madera,  
Y empezó la ginetiada.  
¡Jue pucha! Viera moverse,  
Testerear y soltar babas  
Aquel *sancocho*, á corcobos,  
Tendidas y disparadas.  
Y era al ñudo abrir los ojos  
Buscando las cabezadas  
Pa charquiar; pues era en pelo,  
Y sin riendas la domada.  
¡De ande bozal, ni cabresto,  
Por si acaso se boleaba!  
¡Y salir parado, cuando!  
Si hasta el piso se *arganiaba*.  
No vido esos pastizales,  
Con el viento, en lá campaña,  
Moverse formando surces  
A grandísimas distancias?  
Pues lo mesmo se movía  
Pa todos laos el agua.  
Al sentirle los corcobos,  
Se me hacia que me andaba

Galopiando una tropilla  
Con cencerro en las entrañas.  
De vez en cuando, paisano,  
Le miré al patron la cara,  
Porque se me hizo, le juro,  
Amargosa la jarana  
Y creiba que todo aquello  
Tampoco á él le agradara.  
¡De ande yerba! parecia  
Estar el hombre en la estancia,  
Viendo señalar corderos  
O calentarse las marcas  
Para comienzo de hierra,  
De tan alegre que estaba.  
Ya le iba á decir: ¡canejo!  
Se me ñubla la mirada,  
Cuando he sentido el almuerzo  
Andar á la disparada,  
Como una trepa de mulas  
Asustadas en la manga,  
Y ahí no mas le solté el guacho  
A un gringo casi en la cara.  
—Aprete Antuco, me dijo  
El patron, que ahí và la marca;  
Que anda aflojando tan fiero  
Delante de la gringada;  
Que no digan que un criollo



Tan fieramente se mama.  
—Patron, hay trilla por dentro  
Y anda volando la paja.  
Y ahí no más abrí la boca  
Eché el resto de la parva;  
Y como hay Dios, parcerero,  
Se me saltaron las lágrimas,  
Viendo los gringos ¡barajo!  
Como diciéndome ¡maula!  
Eché mano á la cintura,  
Pero no tenía armas;  
Me las guardó la patrona  
De miedo que me multaran.  
¡Ah! Cristo, para estas lidias  
No sirve la criollada.  
¿Quién hace rayar el pingo,  
Aparcerero, cuando nada?  
—Ya estamos cerquita, Antuco,  
Me dijo el patron. Yo estaba  
Pa echarme, con la vergüenza,  
A muerto dentro del agua,  
Cuando á dos tiros de lazo  
De otro pingo como casa,  
Que estaba mascando el freno  
Sujeto por dos estacas,  
Echaron una escalera  
Por medio de una rondana.

El patron subió corriendo,  
Yo me le prendí con ganas  
A un varejon amarillo,  
Para ñir subiendo agatas,  
Y al sentármele en los lomos  
A un rocin de tal estampa,  
Calculándole las juerzas,  
Los garrones me aflojaban.  
Al verlo lleno de ranchos  
Y rollos de alambre y guascas,  
Miré aquel pingo machazo  
Como si me despertara.  
Y atienda bien lo que vide,  
Que es la cosa mas estraña:  
Tres horcones en el lomo,  
En el costillar barandas;  
En las berijas dos botes,  
Una rueda en la culata,  
Un cañuto echando humo  
Cerca de la riñonada,  
Y una porcion de escaleras  
Para bajar á la panza.  
Todito arisco y curioso,  
Como zorro cuando caza,  
Iba yo rodando siempre  
Desde las cruces al anca,  
Como matucho maleta

Sobre un reyuno con mañas,  
 Cuando he sentido un relincho  
 Que me dejó como estaca.  
 ¡Viera que trote he llevao!  
 ¡Que relincho, Dics me valga!  
 Me ha dejado los oidos  
 Como si me los tagiaran.  
 Y la gente como hormigas  
 Y botes como en majada,  
 Se le iban prendiendo al pingo  
 Como el ternero á la vaca.  
 Viera que mozas venian  
 Y que polleras llevaban,  
 Con cintas y fruncijetes,  
 Figurando cola atada;  
 Escondidas las ños manos  
 Entre cueros de vizcachas;  
 En la cabeza sombreros  
 Muy aludos ó sin alas,  
 Y pisando menudito  
 Como si fueran maniadas.  
 Ni en trillas he visto hembras  
 De vestimentas tan raras,  
 Despues de tanto barullo  
 Dentraron las polecias,  
 Dejando los comisarios  
 Ajuera á la milicada

Y al ver que á naides prendian  
Y á tuitos seludaban,  
Me dije: “dejuero hay baile”  
Y como si adivinara,  
Entre la panza del pingo  
Se empezó á sentir guitarra.  
Haciéndome el chancho rengo.  
Me entreveré en la pueblada,  
Y vide un mozo barbudo  
Frente á una mesa cuadrada,  
Que con los piés y las manos  
A un cielo se le agachaba.  
¡La punta de un sauce verde!  
¡Que voces, y de que laya  
Era el guitarron del hombre!  
Y que lindo se floriaba!  
Pero ni un mozo siquiera  
Salió á bailar á la cancha.  
¡Pucha que serán mulitas!  
Dije, y me dentré en la sala  
Y al ver una moza rubia  
Le pregunté: ¿me acompaña?  
Viera paisano el julepe  
Que se le asomó á la cara,  
Y gruñéndome á lo perro:  
— ¡The horse! dijo con rabia.  
— Ni aunque sea valse, bailo,

Le retruqué á la julana,  
Y ahí no mas un zapateo  
Hice, pa la muestra, en ancas.  
Los cajetillas al verme  
Soltaron la carcajada,  
Mientras la moza seguia  
Ladrándome estas palabras:  
—¡Turkey! ¡Donkey! y entendiendo  
Que me decia: “en las Pampas  
No saben bailar los hombres”  
Asi le copé la banca:  
—Pues no he saber! hasta al *choti*,  
Me le animo; ¿me acompaña?  
El guitarrero, la gente,  
Mi mesmo patron que entraba,  
Campiándeme para dirnos,  
Todos se descostillaban  
Riendo, mientras la moza  
A lo zorrillo encrespada,  
Se me paró como macho  
Pa darme con el paraguas,  
Recien entonces yo vide  
Lo fiero de la gauchada.  
—Antuco, vamos á tierra,  
Que el vapor se pone en marcha,  
Dijo el patron, y saliendo.  
Con la cabeza agachada

Pisándole los talones,  
Me eché el sombrero á la cara,  
Renegando de las gringas  
Que pa mí, paisano, ladran.  
Salimos casi juyendo,  
Pues ya el pingo estornuda,  
Entre relincho y relincho  
Fajándole una escarciada;  
Y aunque torpon en las riendas  
Iba dando guelta cara,  
Con un ruido en las tripas  
Como tropeles de indiada,  
Cuando el fortin Cruz de Guerra  
Bandiaban arriando vacas.  
Se destrabó el paregero  
Y enderezó que quemaba,  
Haciéndole gorgoritos  
El marlo dentro de agua.  
¡La gran pulida que flete,  
Pa un entrevoro con lanza!  
Nosotros en el petizo  
Volviamos á la playa,  
Antuco, echando las tripas,  
Y el patron como una dama.  
Mas, antes de que yo dentre,  
Paisano, en otra voltiada,  
Me dejo sacar la lonja

Pa que la corten en guascas.

—No jorobe don Antuco,  
Pite, y mire que esa, es blanca,  
Que ningun cristiano vido  
Unas cosas tan estrañas.

—Pues ahi verá; cuando vengan  
Los patrones á la estancia,  
Sabrá como su aparcero  
Ni en un chiquito lo engaña.

—¿Y le ha ladrao la rubia?

—Como hay Dios, que me ladraba  
Por esta cruz, mire, vea.....  
Y ladrando me mostraba,  
Como al cachorro barsino  
Los dientes, la perra baya.

—Yo que Vd. le priendo diente

—¿Y si un gringo me pitaba?

Ya sabe que á la patrona  
Le habia dao mis armas,

—Vamos á dir D. Antuco,  
En el tiempo de las lanas,  
Que á los dos acollarados,  
Nos pitarán, si se maman.

—Venga la mano aparcero,  
Que valga esa cucharada;  
Ni anque güelva á echar los bofes.  
on Vd. me tiro al agua.

## Simon Mataco

---

Simon era uno de esos muchachones que se crián en el campo montados en un *mancarrón* viejo, maceta y mal aperado, ó sobre un petizo de esos que sirven, por lo manosos, para arrastrar un barril de agua, cinchar rama y arrear las majadas.

Se dijo que era hijo de un puestero llamado el Mataco; pero nunca se pudo probar, ni había por parte de los vecinos mucho empeño en ello, pues en la campaña hay menos afición á saber la vida privada del prójimo que en las grandes poblaciones.

Simon era habitante de todos los ranchos, á todos los vecinos servía y todos le daban, quien un chiripá, quien un poncho, otro unas botas, otro un sombrero, y en cuanto á cojinillos, caronas, riendas y bozales, le sobraban, pues cada vez que moría algún toro de la capa, le decían:

—Simon, entre los cardales de tal parte, hay un animal muerto; *sacátele el cuero y hacéte algunas pilchas pal caballo.*

—Güeno, Dios se lo pague, decía Simon; é iba á desollar el animal.



Simon crecia como la mala yerba, y tenia mas barba que su abuelo.

A los diez y nueve años, era un gigante barbudo y con una fuerza que imponia.

Era de pocas palabras y no se reia jamás, cosa que hacia decir á los vecinos:

—El es *güenazo*: pero el dia que se le suba la indiada á la cabeza, que lo *aguante Chapaco*.

En las hierras, ni enlazaba, ni pialaba, sino se lo pedian.

Su gusto consistia en hacer el fuego cerca de la puerta del corral, calentar las marcas; y en cuanto algun enlazador, saca un ternero fuera de la puerta; si el ternero era chico, Simon lo dejaba pasar, pero si era grande, lo agarraba con una mano de la oreja y con la otra le aplicaba la marca.

En vano el enlazador le hincaba las espuelas á su caballo; era locura pretender que el ternero se moviese, mientras Simon lo tenia de la oreja; antes se cortaria el iazo.

Los gauchos se quedaban mirando á Simon; como si se tratase de un fantasma, y él ni siquiera pestañeaba.

—Si te animás á sujetar aquella vaquillona yaguané, dijo un dia un estanciero á Simon, te la regalo.

—Hagala enlazar no mas.

—*Güeno*; pero cuanto la agarrés, le vamos á *refalar*

el lazo y tú le vas á marcar con la marca dada *güelta*, y á encerrarla despues en el corral.

—Echelá no mas mas, repitió el coloso, remangándose el calzoncillo hasta la rodilla y sacándose las botas.

La *vaquillona* era de tres años, gorda, grande, y muy arisca.

La enlazaron; llegó á la puerta del corral, y Simon la agarró de los cuernos y torciéndole el pescuezo la derribó. Le sacó el lazo, y en cuanto se quiso levantar el animal, lo agarró de la cola, lo arrastró hasta alcanzar la marca y se la puso en el anca.

Cuando el animal sintió el fuego, hizo un poderoso esfuerzo y se levantó.

Simon arrojó la marca al fuego, y abrazado del pescuezo de la *vaquillona*, sostuvo una lucha de unos diez minutos, hasta que al fin el animal volvió á caer rendido.

Los aplausos resonaban por todos lados.

—*Tenés* que volverla al corral, decia el estanciero, sino no hay trato.

—No se *añija*, decia Simon, mientras hacia levantar á puntapiés al animal.

Volvió la lucha; Simon tiraba hácia el corral y la *vaquillona* hácia el campo.

—*Ahora te quiero ver!* gritaban todos.

El animal volvia á caer, y Simon volvia á obligarlo á levantarse, y la lucha se renovaba, sin que ninguno pareciese llevar ventaja.

— ¡De ande yerba! le gritaban.

— Pues no mi vida!

— ¡No vé que son teruteros!

— ¡Pucha, si la terneron se hace ristras!

— ¡Ahijito! ¡Ahora ni en lote!

— ¡Echate á muerto no mas!

— ¡De balde sos grandote!

¡No vayas mas! ¿Que va dir al corral?

— ¡Ni llorando!

Tales eran las exclamaciones y gritos que salian de los lábios del gauchaje, mientras Simon seguía luchando.

Por último el animal ya estaba tan cansado, que no podia tenerse en pié.

Volvió á caer, y esta vez, ni á puntapiés, ni apretándole las narices, ni torciéndole la cola, logró Simon hacer levantar la *vaquillona*.

— ¡Ni de aquí á mañana!

— ¡Ahora échale guindas!

— ¡Solo á la cincha!

— No, arrastrando no vale, gritó el patron.

— ¡Pucha que la vá á encerrar!

— ¡No encierres mas!

Estos eran los gritos que volvieron á resonar en la playa del corral, mientras Simon se esforzaba en vano por hacer levantar la *vaquillona*.

De repente un grito unánime salió de todos los pechos.

Uno de esos gritos, cuyo significado es difícil definir, y un silencio sepulcral lo siguió.

Simon metió un brazo debajo de las costillas del animal, y como un león se echa sobre el lomo una oveja, echó él la vaquillona sobre las espaldas.

El movimiento desesperado que hacia el animal, con las patas y la cabeza, hacia bambalearse á Simon, que marchaba lo mas rápidamente posible hácia la puerta del corral.

Al fin el silencio fué interrumpido por una estrepitosa exclamacion:

Simon echó su carga dentro del corral.

—¡Ah! gaucho!

—¡La gran flauta!

—¡Que lo ensillen los peludos!

—Ganó lindo no más, amigo, dijo el patron.

—Así soy yo, dijo Simon, y se quedó muy fresco, arimando los tizones á las marcas.

Este y otros hechos que despues ejecutó, llevaron la fama de Simon el Mataco por toda la campaña, y aun hoy hay estancieros en el Pergamino, que relatan sus hazañas.

Sin embargo aquel hombre de fuerza prodigiosa, fué muerto por unas cuantas sardinas.

—¿Como? dirán mis lectores.

Del modo mas tonto.

Simon Mataco era un gran comilon de sardinas, y

tantas comió un día de su cumpleaños; que murió envenenado con el rancio del aceite.

La sardina y la política, es mala comida para los valientes.



## EL REMOJO

---

Ginete en un pingo bayo,  
Barba al pecho y trotador,  
Chiripá de grano de oro,  
Bota larga de charol,  
Su ponchito de vicuña  
Y sombrero de castor,  
Por la calle de Cangallo  
Ayer Antuco cruzó,  
Cuando el *remojo* mandaba  
Para FIGARO el patron.  
—De ande ha salido, aparcero,  
En un pingo tan pintor?  
Bájese, trabé y dentremos  
A tomar un cimarron,  
De la puerta de la imprenta  
Un amigo le gritó.  
—Oigalé el gaucho ladino:  
De levita y de farol!  
De ande lo conoceria  
La mesma que lo parió?  
—*Al cuatro, que yo soy cinco,*

Por si acaso se pisó.  
—De ande habia de pensarme,  
Toparlo de sopeton?  
Dijo, y dejó barba al pecho  
Y *maneado* el mancarron.  
Asi es el mundo, aparcerero,  
No se encuentra el que *espichó*;  
Pero los vivos dan gueltas  
Y ande quiere hacer monzon.  
Los cardos en las cuchillas  
Crecen en separacion,  
Se secan, los lleva el viento  
Rodando sin direccion,  
Y al fin los junta el destino,  
Cuando Vd. menos pensó,  
Convertidos en cenizas  
Sobre el piso del fogon.  
—Ansina es mesmo, aparcerero;  
Dice verdad, como hay Dios.  
—Hasta las piedras se encuentran .  
—Así es la vida, Ramon!  
Pero que hace aquí, barajo?  
—Dentre y lo verá. No oyó  
Hablar de imprentas, Antuco?  
—Que no *he de* . . . si tuve un tío  
Que de imprentero murió?  
—Y ha visto hacer las gacetas?

—Tanto como eso, nó;  
Pero asegun me dijeron,  
Es cosa que dà calor  
Ver andar las maquinarias,  
Al hacer la operacion .

—Dentre y verá la maniobra.  
Y priéndale al cimarron,  
Mientras vamos caminando.

—Pucha, que galpon viejazo!

—Mire abajo del balcon.

—La gran pulida, que fierros!  
Es algun aventador?

—Es la máquina de imprenta.

—No diga! me está *pitando!*

—No está viendo aquel tambor.

—Aquel que está dando güeltas  
Como flete empacador?

—Ese mesmo. Es un cilindro.

—Y esa luz, y ese barrote  
Que parece un barejon,  
Que anda de atras padelante  
Como geringa en funcion?

—Es gas que calienta al agua  
Para que se haga el vapor,  
Y esa cosa que se mueve,  
Le llaman el impulsor.

—Y el papel que dentra blanco



Y sale como carbon?

—Ese es el FIGARO, Antuco,

—La punta del maniador!

Y asi se hacen las gacetas?

—Toditas. No vé el monton?

—Vea, amigazo, que cosa;

Lo mesmito que el vapor

Que anda en los fierro-carriles.

Mire que es linda invencion!

Y ande se pone el que escribe?

—Eso ya se concluyó,

Los escriben con la pluma

Primero. A cada cajon

Le sacan despues las letras

Que el escribano escribió

Y las van poniendo juntas.

Las atan en un tablon,

Las golpean con cepillos

Sobre un largo papelon,

Y así pintao y fresquito,

Se lo dan al corrector.

—Y está el papel escribido?

—Clarito, y sin un borron.

—Ah moda linda! De juro

Es obra de algun nacion?

— De ande yerba, si hay criolios  
Vaquianos que es un primor.

Fijese en aquel petizo

Medio ñato y barrigon.

— Ya lo vide estar riendo.

Juepucha! y dejé el facon!

— No se me *retobe* al ñudo,

Que si el hombre se rió

Ha de ser por el trabajo

No es de Vd., creameló.

Ese se llama regente.

— Que nombre mas inferior!

— Que ha de ser nombre! es el grado

Que tiene en su ocupacion.

— Será cosa como alférez,

O porta de un escuadron.

Y estos que andan de galera?

— El de barba es el patron,

Y el de bigote, es el Cristo

Que firma en FIGARO: *Yo*.

— Tiene grado Vd., aparcerero?

— Yo priendo el calentador,

Cebo mate, y bárro el piso.

— Y anda ansina paqueton?

— Se le ha desmaneado el pingo,

Y parece algo ariscon.

—Dice verdad, dijo Antuco,  
Y al flete se le pobló,  
Ofreciendo al aparcero  
Visitarlo otra ocasion.

---

## Que sean felices

---

Cuando Ivan se engolfó en ese mar de la Pampa, donde solo se ven rizadas ondas de yerba, y un cielo enrojado por los ardientes efluvios del sol, tuvo miedo; no ese miedo del cobarde, que vé en cada sombra un brazo levantado para herir, sino ese miedo á la soledad, nostalgia social que se apodera de aquellos séres que vivieron siempre rodeados de rostros conocidos y murmullos cariñosos.

Sin embargo, Ivan estaba resuelto á llegar.

Las provisiones que habia comprado en Buenos Aires, con sus últimos recursos pecuniarios, debian alcanzarle para muchos dias, usando de ellas con moderacion.

Las llanuras, sin embargo, se sucedian, y solo de tarde en tarde, veia á lo lejos una casa rodeada de árboles, como un gran nido.

De las once á las dos, era mas frecuente el encuentro con los carreros, que tendidos á la sombra debajo del lecho de las carretas, unos jugando al truco, y otros asando el pedazo de carne que debia servirles de refrigerio, formaban una especie de caravana, que tambien tiene sus atractivos.

El gaucho ha sido siempre generoso y engreído.

No cree que los hombres nacidos en otras zonas, puedan igualársele en nada, y el sentimiento de su superioridad, lo hace hospitalario y protector.

Las contrariedades le conducen hasta á la crueldad; pero donde no hay choque de resistencias, el gaucho lleva su bondad á extremos poco comunes.

Adolece de una curiosidad constante y oye referir sucesos de los países que ni de nombre conoce, con una atención creciente.

—Venga, cuñao, le gritó un carrero al ver pasar á Ivan, con una maleta al hombro y un palo en la mano.

Ivan no entendía una palabra en castellano; pero el ademán y el tono del que lo llamaba era de paz, y se acercó.

—¿Pande và tan mal montao amigo?

Ivan sacó un papel y lo entregó sin contestar.

El gaucho, que sabía leer, tomó el papel y leyó lo que un compatriota de Ivan había escrito en Buenos Aires, para que le sirviese de guía.

“Este jóven se llama Ivan Paloski; es ruso, y no sabe hablar en castellano.

Va para el Tandil, buscando la casa de una familia labradora, que se llama de don Ventura Koniskoff.

—Siéntese, amigo, decía el gaucho devolviéndole el papel, *churrasqueará* con nosotros.

—No vé aparzero que el hombre no entiendo nada en cristiano, à sigun reza el papel.

—Dice bien, barajo; le hablaremos por señas.

Ivan se sentó.

—Diga, aparzero, pa onde quedan los pagos de este hombre?

—Qué! Lejísimos. Queda mas allà de la Patagonia.

—La gran pulida! que le queda retirao. Y vendrà à pié desde allà?

—Si viené de Buenos Aires; el papel lo está diciendo.

—Lo que son estos naciones: tan cerraos cuando vienen, y de aquí à poco, lo vamos á ver *platudo y de leva*, que ni Cristo lo conoce.

—Asi le pegan tambien al trabajo.

—Vea, y lindo mozo. Y los patrones de la casa aonde và hablaràn en la lengua de este.

—De juro; lo habrán mandao llamar.

—Y así no mas se larga el hombre, sin caballo ni recao; y ¿aonde dormirà?

—En el campo, ó se allegará á los ranchos á pedir posada.

—¿Vamos á darle el petizo overo y una jerga bajera pa que vaya á caballo?

—¿Y sabrá andar á caballo este *matucho*?

—Tambien, si no sabe andar en el petizo, que es como *güey* por lo manso, y como carreta por lo lerdo, en la perra vida vá à montar à caballo.

—¿Diga, cuñado, ¿Vd. sabe andar á caballo? preguntó no haciendo las señas de cabalgar.

Ivan comprendió é hizo un signo afirmativo.

—A ver, *volee* el *caracá*, no le tenga recelo: es muy mansito.

Ivan montó el petizo y lo hizo trotar primero y galopar despues.

—¡Jué pucha! Si es como cojinillo el nacion. Y se sienta derecho y lindo.

Ivan volvió, y por señas les hizo entender que habia sido soldado de caballeria.

—¡Toma mate! Si ha sido milico en su tierra, esclamó uno.

—Pues le damos el petizo; un favor nunca se pierde. ¿Pero como vá á llegar al Tandil, si no sabe ni rumbiar?

—Preguntando.

—¿Y quien le vá á entender?

—Por el papel.

—Es cierto; vea si tienen discurso estos gringos!

Ivan, siéndole imposible hacerse entender, aceptaba todo; el churrasco, tabaco, un trago de caña, y por último el petizo, regalo que lo llenó de alegría.

Cuando los carreros fueron á traer los buyes para uncirlos y proseguir su marcha é Ivan montó á caballo para seguir su camino, vió el capataz de los carros que venia un ginete en direccion á ellos, y le hizo seña á Ivan que esperase, mientras les dscia á los carrieros.

—Muchachos, ahí viene D. Guillermo el polaco, que también había en gringo; á ver como se entienden, y después que nos cuente la historia.

—Superior.

—Vamos á ver, D. Guillermo, si Vd. le entiende á su paisano.

Dos palabras se cambiaron Ivan y D. Guillermo, y se abrazaron como si fuesen grandes amigos; sin embargo, no se habían visto jamás.

Don Guillermo hablaba slavo, é Ivan ya se creía en su país.

¿Qué dice? preguntaban los gauchos, olvidados de su quehacer.

Después de un largo rato de conversacion, D. Guillermo dijo á los carreros.

—Este mozo es ruso. Antes de de ir á servir al emperador, tenía relacion con una muchacha. Los padres de ella no eran gustosos que se casaran, y en cuanto él se fué al ejército, resolvieron venirse á este país, para impedir el casamiento.

La muchacha le escribió diciéndole lo que pasaba y el país á donde la traían, asegurándole siempre que ella lo quería.

El se desertó, y con lo que pudo juntar en dinero llegó á Buenos Aires, donde un paisano tan pobre como él, le indicó el paradero de la familia, y él se lanzó á pié en busca de ella.



—Ah! moza linda! Bien haya la madre que la parió, dijeron á un tiempo los carreros .

¡Que cara van á poner los viejos lo que lo vean al mozo!

—Me alegro de haberle dado el petizo, dijo el dueño del caballo.

—Pues ahora le vamos á dar unos reales tambien.

Y diciendo y haciendo, dieron vuelta á los tiradores y empezaron á reunir lo que pudieron, para dar á Ivan, que se rehusaba á recibir dinero, pero unas breves palabras de D. Guillermo le hicieron aceptar.

—Paque pite y eche un trago, cuñao, basta que sea tan gauchol! decian los carreros.

—Que hermoso pais debe ser este, decia Ivan á don Guillermo.

—Sí, es un pais hermoso y habitado por gente caballeresca. Ahora puede quedarse en mi puesto, y mañana se vá. Le daré una montura, para que vaya mas cómodo.

Ivan partió al dia siguiente.

—

Ayer se bautizaba una niña en la iglesia del Tandil, y al ver la generosidad con que el que parecia padrino arrojaba cobres á los muchachos, pregunté quien era.

—Es el padre de la niña, el que tira el dinero. Un jóven ruso, que llegó hace un año al Tandil y se casó con la hija de un agricultor ruso tambien, que se hizo rico en pocos años.

—¿Como se llama?

—Don Ventura Koniskoft.

—Y el padre de la niña se llama Ivan.

—Justamente. ¿Lo conoce?

—Si; era yo carrero cuando lo conocí, y le regalé el petizo en que llegó montado al Tandil.

—¡Lo que son las cosas! Hoy puede él regalarle á usted algo mas que un petizo. Es una familia que está muy rica.

—Que sean felices. Yo tambien lo soy por haber contribuido en algo á esa felicidad.



## C A R T A

---

Dende que estuve en el pueblo  
Y en “el remojo” me ha visto,  
Me le hice perdiz, paisano,  
Como carancho en su nido.  
No piense que por veleta,  
Porque lo mesmo lo estimo;  
Pero el que tiene majada  
No la deje en el rócio,  
Es un refran de mi padre  
Que era un indio de lo fino,  
Y son como ñudo ciego  
Para refranes los indios.  
Voy, pues, á darle noticias  
De Antuco, su fiel amigo,  
Estoy por hacer el rancho  
Dende e. año ochenta y cinco,  
Porque ya sabe, aparcero,  
Que tengo comprado el sitio,  
Apalabrado, se entiende,  
Que para el caso es lo mismo,  
Ha pelechao el rodeo

Y alguna cosa ha llovido,  
Aunque se hallaban tan secos  
El trébol y el espartillo,  
Que rodaban à montones  
Sobre del terreno limpio,  
Y tan solo apunta agatas  
Alguno que otro pastito.  
La china está mas contenta,  
Porque se le hace que vido  
Alumbrar à la distancia  
Una luz en el camino,  
Cual si en medio de una noche  
Negra como coginillo,  
Hiciera cancha la luna  
Y alumbrara de lo lindo,  
Ansina son de la vida  
Las variaciones, amigo;  
Tan pronto envuelven las nubes  
El rancho de un afigido,  
Mientras haciendo gambetas  
Hace en el cielo camino  
El relámpago, y el trueno  
Nos aturde los oidos,  
Como enciende sus fogatas  
El viejo sol de los indios,  
Y al alumbrarncs del alma  
Los oscuros laberintos,

Retozan en nuestra frente  
Como alegres corderitos  
Las esperanzas, los sueños  
Que en ella estaban dormidos,  
Y el gaucho con mas coraje  
Le juega risa al destino.  
Pero, á que seguir, paisano,  
Cuando es usté tan ladino  
Que á media palabra entiende  
Mucho mas de lo que digo?  
Le iba diciendo que tengo  
En el año que ha venido  
Mas coraje y esperanza  
Que en el viejo ochenta y cinco.  
Si de esta vez no alcanzamos  
A madrugar al destino,  
No hacemos cria azuleja  
Ni con el demonio mismo.  
La mujer y los muchachos  
Estrenaron los vestidos  
Que el patron les ha mandao.  
Pucha que les sientan lindo!  
Las lanas estan muy bajas  
Por eso aun no he vendido.  
El ganado está parejo,  
La tropilla ha revivido;  
Los melones y las sandias

No pueden estar mas lindo  
Le mandaré las primeras,  
Que ahora tengo carrito,  
Pa que las pruebe y me diga  
Si ya estoy bueno pa gringo,  
Pues ya sabe que el paisano,  
Si no es demar un potrillo,  
Enlazar y andar alzado,  
Jugar al truco el domingo,  
Tirar la taba, hacer tientos,  
Barajar y uñir novillos,  
Florearse en la guitarra  
Y atarle la cola al pingo,  
No sabe ni darse güelta.  
Son mas vaquianos los gringos  
Que saben plantar verduras  
Arar y cortar el trigo,  
Siendo á la vez estancieros  
Y acopiadores de lino,  
Así nos llevan doblados  
En plata á los argentinos.  
Estamos viviendo al ñudo  
De puritos presumido,  
Y por mi parte, aparcero,  
Voy á ver si los tragino

Aprendiéndoles las mañas,  
Ni aunque sea los domingos;  
En lugar de varear guachos  
Y andar pelando el cuchillo.



## No se conoce

—

Ibamos á una hierra.

Todo habitante de las ciudades siente algo que lo alegra, cuando asiste á una de esas fiestas criollas, tan comentadas y tan poco conocidas para los vecinos de la capital.

Yo me preparé, como si se tratase de una funcion teatral.

Tuve la desvergüenza de presentarme con chiripà y pañuelo de seda al cuello, amen de otras ridiculeces que á mi me parecian bien, y á mi compañero Deolindo le hacian reir y componer epigramas, en los que mi persona salia siempre mal parada.

—Te decidirias á montar un potro? me preguntó de pronto Deolindo.

—Que me lo tengan sugeto mientras monto, y verás si lo hago.

—Es lo primero que te van á ofrecer en la hierra, para reirse de tí, pues á pesar de tus atavios de gaucho, estás oliendo á maturrango á una legua de distancia.

—Y tú? ¿que me dices? De galera, pantalon ajustado,



cuello parado, levita, botin de charol y guantes! Eso sí que está diciendo *cajetilla* á todo el mundo.

—Sin embargo, los paisanos no se reirán de mí, por qué no pretendo parecer lo que no soy, mientras que tú con ese disfraz vas á ser el sainete de todos.

—De envidia estas hablando. A mi me van á tomar por gaucho.

Nunca me pude olvidar de las carcajadas que esta contestacion arrancó á Diolindo.

—Sabes enlazar?

—No sé; pero lo creo bien fácil. Se hace un rollo del lazo y se tira al animal, y ya está.

—Y despues?

—Se tira con las dos manos, y asunto concluído.

—Sabes bolear?

—Tampoco he boleado, pero me atrevo á bolear como el primero. ¡Valiente dificultad! No hay mas que tirar derecho á las patas del animal, y queda maneado.

—Roque, no caigas en la tentacion de hacer ninguno de los ensayos de que venimos hablando, porque no solo servirás de payaso al paisanaje, sino que puedes morir. Es un ejercicio peligrosísimo para el maturrango, el del lazo, las boleadoras y el de domar.

—Y tú sabes esos ejercicios?

—Ni los sé, ni quiero saberlos.

—Te entiendo, no quieres parecer menos que yo, y por eso me tratas de asustar.

—Somos amigos, Roque, no quisiera verte comprometido.

—Cuidate tú, que lo que respecta á mi, te prometo que pasaré un dia magnifico y me haré de muchos amigos.

—Haz lo que te parezca; pero no digas despues que por falta de buenos consejos, sufriste algun contratiempo

—Te doy las gracias. No te culparé de mis males, le dije con ironía.

Llegábamos á la estancia.

La gente encerraba en aquel momento el ganado en e corral.

Concluida la encierra, ataron las tranqueras, se acercaron á la ramada, desensillaron, y unos dieron soltura á los caballos, mientras otros los ataron á soga.

El churrasco estaba listo.

Tres asadores con un costillar de vaca cada uno, estaban clavados en el piso de la cocina, y sacando cada gaucho su cuchillo, empezó el desayuno.

—Pague un tajo, cuñado, me dijeron.

Me acerqué, desenvainé mi cuchillo con cabo de plata y corté una rebanada de carne, que me abrasaba los dedos, mientras los gauchos decian:

—Por el cuchillo le vé un bicho.

Yo por librar los dedos del asado, lo eché en la boca, fué mas atroz el sufrimiento.

—Y Vd., patroncito, no churrasquea? Aquí tiene este escarbadientes, sino gasta cuchillo, dijo un paisapo ofre-

ciendo á Diolindo un facon de mas de media vara de largo.

—Gracias, he almorzado ya, contestó Deolindo.

—Pues su compañero, no parece que hubiese almorzado.

¡La grampa la puerta! ¡Que freno tiene mi overo!

—Yo siempre estoy dispuesto á repetir, le contesté.

—¡Asi me gusta un tirano! Diga, ¿y ese cuchillito es solo?

—No tengo mas que este.

—De juro echará un pial?

—¡Como nó!

—¡Puede no mas! De ande sabe, paisano, si este mozo no es de los lindos, observó otro gauchó.

—Ahorita le vamos á probar.

Señores, pasen para el comedor, nos dijo el dueño de casa.

—Acuérdate de lo que te dije, Roque, me dijo en voz baja Diolindo, mientras nos dirigiamos al comedor.

Yo no contesté; me empezaban á fastidiar los cuidados de Diolindo.

Cuando concluimos de almorzar, nos dirigimos al corral.

—Eche un tiritó, cuñao, me dijo un paisano dándome el lazo.

Y, ¡pasmosa audacia! cojí el lazo y queriendo arrojarlo sobre un ternero, seme envolvieron los rollos en las pier-

nas, mientras el ternero pisaba la armada, que se le cerró en una pata.

No se cuantos revolcones me dió el maldito ternero, antes de poderme desenredar; pero el hecho es que me levanté sin chiripá, lleno de polvo y magullado, mientras los gauchos se apretaban la barriga riendo.

— Tome cuñaó. Mire que el ternero se vá con el lazo boléelo.

Tomé las boleadoras, las levanté, y en cuanto quise revolverlas, me las puse de corbata, recibiendo un golpe con las piedras en la cintura, que me hizo perder las ganas de reir.

Un gaucho enlazó el ternero, que ya habia soltado el lazo, lo trajo á la playa del corral, y lo marcaron.

—Venga, apriétele la cabeza, mientras yo lo sugeto de la cola. me dijo uno.

En cuanto le puse las manos en las orejas, el gaucho le soltó la cola, diciendo:

—¡No le aflueje, que se me ha escapao!

El ternero se levantó, y de la primera topada me puso de espaldas en el suelo, dando un corcobo y saltando por sobre mí.

—Lo que tiene laya de ser este mozo, es ginetazo. ¿Quiere ginetiar un petizo?

—¿Donde está?

—Traiga el alazan, compadre, le gritó á otro gaucho.

Trajeron el petizo, lindo animal, mansito; se dejaba

tocar el anca y las patas como un animal de la mayor confianza.

Los ojos de Diolindo parecían quererme comer.

—No lo hagan golpear de balde señores; no sabe andar á caballo.

Aquella salida me pareció una injuria, y para desmentirla, sin esperar mas nada, de un salto estuve á caballo.

En cuanto soltaron el petizo, creí verlo trocado en un tigre.

Me clavaba los dientes en el calzoncillo, sacándole grandes pedazos, y cada bufido y brinco que daba, me hacia pasar del pescuezo al anca, y del anca á las costillas, á pesar de tener las dos manos asidas á las crines.

En una de las sacudidas me arrojó á tanta altura, que aun hoy me parece inverosimil.

Aquel golpe me asustó. No podia levantarme del suelo, ni respirar. Me sentaron, trajeron la botella, me desabrocharon el chaleco y me frotaron el estómago suavemente, empapándome la camisa con la caña.

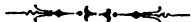
Diolindo me hizo beber agua, y pude por fin ponerme de pié.

—¡Pero vea que petizo mañero! Es la primera vez que hace esas gracias; de juro lo desconoció, cuñao, me dijo el gaucho.

La hierra concluyó, siendo yo el héroe de la fiesta; pe-

ro cubriéndome de ridiculo en vez de gloria, como me lo habia prevenido Diolindo.

Entonces fué cuando le oí decir á un gaucho:  
¿Por qué será, que ningun zonzo se conoce?



## C A R T A

---

Si no le escribi un renglon  
Del dia de mi llegada,  
Fué porque estaba, patron,  
Aguaitiando lo que pasa  
En esta gran poblacion,  
Desde hace una temporada;  
Pero ahora que ya estoy  
Como nacido en la cancha,  
Voy à contar de un tiron  
Lo que un pcbre gaucho alcanza.

---

Vió como la cerrazon  
Va juyendo hácia las pampas,  
A la hora que empieza el sol  
A quemarle las espaldas,  
Y de zanjon en zanjon  
En las cuchillas mas altas,  
Se va juntando en monton  
Que despacio se levanta,  
Fijando sobre el galpon  
La puntita de las alas?

Pues lo mesmito se alzó  
Por aqui la clericada,  
Cuando un Matera llegó  
A media rienda en la fama.  
Viera ruido, patron  
Entre toda la mozada,  
Que dice que habla con Dios  
Por la tarde y la mañana.  
Llamaron á una reunion  
A todita la pueblada,  
Y habia cada doctor  
Que hasta los codos le hablaban.  
Habia en la reunion  
Algunas hembras sentadas  
Jediendo á almizcle, patron,  
De sombrero y carabanas  
¡Ah! mozas! daba calor  
Solamente de mirarlas.  
Quien las viera en un galpon  
Por el tiempo de la marca,  
Repicando un pericon  
Al golpe de la guitarra!  
Los hombres con leviton  
Y sombrero de copa alta,  
De botin y pantalon  
Camisa fina y corbata.  
No he visto en la reunion



Ni pa remedio bombachas.  
Se afeitan á lo nacion,  
De carretilla pelada,  
Y cuando hablan! como hay Dios  
No se les entiende nada.  
Las viejas en peloton,  
Y el pelo sin una cana;  
Viera qué conversacion,  
Ninguna moza les gana.  
Pero de pronto se alzó  
Tal pelvadera en la plaza,  
Que ninguno la aguantó  
Ni poniéndose antiparras.  
Juyeron como raton  
Tuitos los de sotana,  
Ni tiempo le dió, patron,  
De alzar las mozas en ancas.  
Don Matera se embretó  
En el pueblo de Atahualpa.  
En donde un *Santo* topó  
Que ni cristo se le para,  
Pues á uña y á facon  
Es un quiebra que se amaca,  
Y dende allí comenzó  
A longear otras guascas.  
Hubo alguno que rodó  
De los de la disparada,

Y en el apuro perdió  
El trañor con la plata.  
En fin la cosa, patron,  
Ha sido aquí muy mentada,  
Y dicen que se acabó  
Para muchos la mamada;  
Solo un ternero quedó  
Por manso al pie de la vaca,  
Tan gordo como un lechon  
Y aquerenciado que encanta.  
Es lunanco y cacheton;  
Sigue la madre y no bala;  
Pero ya está redomon  
Y paca con la boyada;  
En la primera ocasion  
Lo van á uñir en la cuarta.  
Ya le haré otra relacion  
Cuando llegue, mas exacta,  
Que me priba en la ocasion  
La largura de esta carta,  
Y dispense á su peon  
Entre tanto la confianza.



## L A F U G A

---

A unas veinte cuerdas del rancho donde vivían Andrea, su anciano padre viudo, y dos hermanitos, uno de trece y otro de once años, corría un pequeño arroyo.

Un escaso plantío de sauces, de una extensión de veinte metros, circundaba una barraca compuesta de cuatro *horcones* y un delgado techo de junco.

Allí lavaba Andrea, en verano á la sombra, y en invierno, guarecida, al menos de lo más grueso de la lluvia.

El arroyo formaba frente á la barraca un remanse de poca profundidad, que igualaba el borde de la orilla superior del lecho del arroyo.

Una gruesa y ancha tabla apoyaba uno de sus extremos casi en el agua; el otro extremo estaba apoyado de firme sobre dos hileras de ladrillos colocadas con el fin de mantener la pendiente.

Allí, detrás de la tabla, arrodillada, la pollera sirviendo de alfombra á las rodillas, las mangas del vestido remangadas arriba del codo, un pañuelo envuelto en el cuello, un monton de ropa torcida y húmeda á la derecha y otro monton sin lavar á la izquierda, se veía á la ro-

busta y bien formada Andrea, mojar, golpear y jabonar la ropa sobre la tabla, mientras en voz muy baja cantaba;

Si tuvieras en el alma  
Tanta miel como en los ojos,  
Te llevarias la palma  
Mi vida de mis antojos,  
Pero en la mas quieta calma  
Estallaron tus enojos.

—¿Quien será el causante de esa cancion, Andrea? dijo una voz de hombre á espaldas de la jóven.

Volvió el rostro Andrea, y dijo:

—¿De ande sale, don Pancho?

—¿De ande quiere que salga, Andrea? Sabia que estaba usted aquí, y me vine como el raton tras del queso.

—¡Valiente golosina!

—¡Bueno fuera!

—Mire, mas vale que no váyamos mas adelante.

—¿Porqué? ¡De juro quiere que reviente!

—Ni se le ponga. Va á dejar el lavadero perdido!

—¡Pero qué lavar aquel año!

—El tiempo no anda güeno y si no aprovecho el dia, me voy á ver muy atrasada.

—¿No quiere lavarme unas camisas?

—No lavo pa juera.

—¿Ni por caridad?

—Si juera á un pobre, lo haria; pero á usted, don Pan-

cho, le sobre la plata.

—Mas quisiera tener, para partirla con usted, Andrea

—Bueno, bueno; usted siempre anda embromando.

—Le digo la verdad, como hay Dios.

—No jure, mas vale; ¿quien le vá á creer?

—¿Por qué desconfia de mi?

—No desconfio de naides; esto es un hablar al ñudo.

—Es que Vd. me aborrece.

—Ni pensarlo.

—Siempre la busco pa decirle mi sentir, y usted me saca el cuerpo.

—D. Pancho, hoy no tengo nada que saber; cada horcon que aguante su solera.

—Pues mira, hoy vamos á definir la partida.

Andrea vió con disimulo, que su interlocutor se iba entusiasmando demasiado, y bien sabia que era hombre de averia, asi que para ganar tiempo, dijo:

—Déjeme concluir de lavar y despues conversaremos.

—Tiene tiempo de lavar, contestó D. Pancho acercándose.

—No se acerque, porque dejo la ropa y me mando mudar.

—De ande yerba! aquí no hay tata ni mama, dijo el hombre hechando mano el facon; no piense que toda la vida voy á ser sonzo.

La mirada, el ademan y el color de las mejillas de D.

Pancho, le decia á Andrea que el peligro era inminente.

Su hermanito mayor, que debia venir en un petizo á llevar la ropa, aun tardaria por lo menos una hora. Estaban entre los árboles, nadie podia verlos ni oír sus gritos; estaba perdida, si un recurso extraordinario no venia en su auxilio.

Tenia una gran barra de jabon en la mano, y como si se le hubiera resbalado en un movimiento de sorpresa, lo arrojó á unos diez metros de distancia de donde lababa, diciendo:

—No vé, don Pancho, donde me hizo tirar el jabon.

—Yo se lo traigo, no se afija.

—Bueno, ya que no quiere que lave mas, tráigamelo; voy á envolverlo en la ropa y á poner todo en un atado, para cuando me vaya.

—Ahora si, exclamó D. Pancho, mientras iba á traer el jabon, que tendremos tiempo de conversar.

Andrea se precipitó sobre el caballo de su perseguidor, que él habia dejado con la rienda en el suelo; saltó sobre el recado como un hombre y tocándolo con los talones salió al galope del espeso sauzal.

Cuando don Pancho sintió el ruido de los cascos del caballo, y vió á Andrea salir al galope del sauzal, corrió, desató las boleadoras que llevaba atadas á la cintura, y revolcándolas con toda su fuerza, las arrojó hácia el anca del caballo.

Andrea apuró el animal, que se tendió á escape y las boleadoras cayeren á un metro de las patas del caballo, mientras en la orilla del monte D. Pancho soltaba un terrible juramento.

—¿Qué es esto? preguntó su padre al verla llegar.

—Nada! estoy algo enferma, y le pedí el caballo á don Pancho, que pasaba por el arroyo, para venirme.

—¿Y la ropa?

—Allá quedó. Que vaya Juan á buscarla, y que lleve este caballo de tiro, para dárselo al dueño.

—Juan fué á repuntar la majada; yo iré, y mientras; acuéstate.

El viejo montó á caballo.

—Dios se lo pague, D. Pancho, ahí tiene el caballo. Nunca se enferma esta muchacha, y á no ser por Vd., podia haberse muerto aquí, sin yo saberlo.

—Que hemos de hacerle, contestó el gaucho, dándose cuenta de lo que podia haber dicho Andrea,

—Es verdad; entre vecinos debemos servirnos. ¿No quiere venir á tomar un cimarron?

—No señor, gracias; voy apurado; otro dia.

Como guste; ya sabe; con franqueza.

—Estamos tan cerca, que cualquier dia me tiene por allá á *yerbear*.

—Cuando guste.

Andrea no quiso volver sola á lavar!

Don Pancho, al verse burlado, juró vengarse, y un dia

se dirigió al arroyo, resuelto á cometer un crimen.

Juan, muchacho de trece años, estaba acompañando á su hermana.

—Juan, andá traeme fósforos, dijo D. Pancho.

—Vaya Vd. si quiere.

—Muchacho de mi .....

—No me toque con el rebenque, porque no le va á dir bien.

—¡Que no, hijo de una.....

El muchacho sacó una pistola del seno, hizo fuego, y D. Pancho dió un salto y cayó.

—¿Qué hiciste, Juan? dijo Andrea.

—Acaso es mi padre para que me castigue?

Se acercó Andrea; movió y llamó á D. Pancho.

La bala le habia atravesado el corazon.

Cuando el viejo se enteró de lo ocurrido, abrazó llorando al jovencito, y le dijo:

—Hijo, como ha de ser; cumpliste con tu deber. Tal vez salvaste á tu hermana de la muerte y la deshonra.

Ese hombre, de quien no lo hubiese creído, era un facineroso; tarde ó temprano esa clase de gente muere de este modo.

Feliz de la familia que cuenta entre sus miembros, jóvenes, como tu hermana y como tú.

El deber de la virtud ante todo, y sobre todo; ahora, venga lo que venga.



--Soy varon, mi padre; yo sabré sufrir.

—Dios te bendiga, hijo, repuso el viejo, volviendo á abrazar á su hijo.



## LA TRILLA

—

### I

Todos los pueblos de la tierra tienen sus dias de regocijo, treguas acordadas á la afanosa vida del trabajo.

Estas fiestas, responden á una necesidad de expansion y dejan traslucir las costumbres, las inclinaciones de la raza, la sencillez é ingenuidad de la educacion.

Asi los pueblos cristianos, anteponen á todo género de diversiones, aun en esos dias clásicos de alegría, el culto á las imágenes, que conducen en medio del aparatoso regocijo, cubiertas de lujosos trajes y reliquias, mientras las campanas anuncian con sus écos, mezclados al estampido de los cohetes, la hora de la procesion.

Solamente despues de haber cumplido el deber de la devocion, oyendo los cantos religiosos y recibiendo la bendicion del sacerdote, vá la concurrencia al punto designado para la fiesta, á oir los écos de la música y á gustar las delicias del baile y de la entretenida conversacion.

En esos pueblos de Europa, y con especialidad en los de Italia y España, es el santo patrono de cada pueblo,

bajo cuya advocacion se levantó, conjuntamente con la iglesia ó capilla, el que se festeja.

En esos dias, cada familia, segun los recursos de que dispone se dà el placer de una escepcional comida, á la cual invitan á sus parientes y amigos de los pueblos cercanos.

Es singular la cordial franqueza que se nota entre las familias.

Todos se conocen por sus nombres, y la mayor parte de los jóvenes se tutean, sin distincion de sexo.

Los bailes, ese tradicional sello que guardan los pueblos, como distintivo de su origen, dan á conocer en el acto la procedencia de los forasteros, que llegan de largas distancias.

Las ambulancias comerciales recorren todas las poblaciones, dos dias antes del señalado para la fiesta, proveyendo á los jóvenes de las ropas y prendas que quieren estrenar.

Es el gran dia; todos huelgan.

El pastor apacenta sus ganados en cercado seguro, completando el alimento del rebaño con la yerba que cortó al amanecer, y corre á buscar su zagala en medio del tumulto, para invitarla á bailar, á tomar una copa y algunos dulces, golosinas que solo ese dia puede gustar, y en este inocente afan se pasan las horas de la noche.

Al asomar los primeros arreboles de la aurora, mientras los músicos, mustios, y dominados por el sueño,

hacer oír las últimas y cansadas notas de la orquesta, los jóvenes se retiran cantando hácia sus casas; con la cabeza llena de promesas, el corazón latiendo de alegría y los ojos casi cerrados por el sueño.

Unas cuantas horas de reposo bastan para volver á la vida diaria del trabajo, quedando en su memoria como una promesa, el día de la fiesta.

## II

Nuestros gauchos no llevan la existencia fatigosa del habitante de las aldeas de Europa.

Viven en la holgura y sus labores son menos pesadas y contínuas; por lo tanto no tienen necesidad de un día señalado para entregarse á los placeres de una fiesta anual.

Hacen fiesta cuando quieren; tal vez por eso sus diversiones son menos completas.

Un día de carreras, una partida de truco ó de taba, es una fiesta para el gaucho; pero fiesta sin poesía, desanimada, insípida, porque falta en ella el perfume de la vida: la mujer.

Las únicas fiestas del habitante de la campaña, son los días señalados para el trabajo.

Las poblaciones Europeas dejan la labor para ir á la fiesta; el hijo de las campiñas americanas, va al trabajo para gozar de una fiesta.

Una trilla reúne á todos los vecinos inmediatos; pero no la trilla moderna, mecánica.

La trilla por medio de la yegua, era todo animacion, ruido; la trilla del progreso, es mas silenciosa, mas económica, de mejores resultados para el capital del cosechero; pero menos alegre, menos expansiva para el ánimo.

En la trilla primitiva, desde el momento que la primer carretilla de trigo se cargaba para hacer la *parva*, el corazon del jóven empezaba á sentirse agitado, por la proximidad del gran dia.

El *yeguarizo* que conducia la manada, silbaba con alegría al compás del chasquido de su *arriador*.

La jóven que limpiaba y preparaba los utensilios de cocina, y buscaba huesos *gordos* para calentar el horno, donde se cocerian los pasteles, revolvía en su memoria el verso que debia decir en el momento que le tocase una relacion, al bailar.

Al amanecer, ya se sentia el tropel de la yeguada irse aproximando, y el canto triste y cadencioso del *azotador*.

Los vecinos empezaban á llegar y cercar el fogon, donde dos ó tres mates á la vez, les brindaban el *dulce* y el *amargo*, mientras un costillar de vaca se doraba al sueve calor de las brasas.

Era el desayuno que se servian á los convidados, utilizando por único tenedor los dedos.

Concluido el refrigerio, daba principio el trabajo.

Cada uno sabe lo que debe hacer, sin que nadie se lo indique, y en aquel constante ir y venir, no se produce la mas leve confusion.

Cuando la parva ha sido pisoteada por los animales, se vé sin saber cómo, la paja mas larga separada del grano, y éste, despues de sacadas las yeguas del brete en que dan vuelta, amontonado en una pila en forma de pirámide.

Todo se ha hecho, como si hubiera sido un juguete; pero se hizo.

Entonces cubren la pirámide de grano con la paja mas larga. Llega la hora de comer; los hombres primero, despues las mujeres. Preparan sus guitarras unos, otros echan un párrafo, otros arman un cigarrillo, otros hacen unos tiritos á la taba, otros mudan la estaca donde está atado el caballo, y otros echan una *canchada* á mano limpia, hasta sacarse el sombrero.

El baile es precedido por unas décimas, que cada cantor dedica al dueño ó dueña de la casa, cumpliendo con un deber de urbanidad bien acentado en el gaucho.

Estas décimas se cantan á pedido, y son de *patria amor* ó *religion*, segun las deseen los que las piden.

Generalmente el repertorio del guitarrero es abundante.

La introduccion del canto es siempre un cuarteto improvisado; en que el cantor pide disculpa por su atrevimiento é incompetencia.

Concluido el canto, da principio el baile, intercalado con chistosas ó tiernas relaciones, y el mate y la caña sostienen la animacion hasta la madrugada.

Despues, relinchos de caballos, ladridos de perros, pericones y tristes silbados; y por último, el rumor cada vez mas lejano del galope de los caballos, y la fiesta del trabajo ha concluido en aquella casa, para irse repitiendo en todas las de la comarca.

Esta es una fiesta americana.



## Carta de Antuco

---

Laguna del baradero  
A diez y seis de Olvidado.  
Señor D. Enfermo Cenas.  
Aparcero y amigazo:  
Me alegraré que esta carta,  
Lo encuentre contento y guapo.  
Por aquí todos comemos  
De lo poco que ha quedao,  
Y aunque estoy medio culeco  
Siempre lo sigo esperando,  
Como la víbora espera .  
Que ponga el huevo el carancho.  
No sé si vendrá, pues veo  
Que ya venció el quinto plazo,  
Y un dia tras otro dia  
Se va el cordero pelando.  
Al ver que estan las promesas,  
Desde dos meses volando  
Como vuela el cojinillo  
Sin cinchon en el recaó,  
Ya desconfeo, aparcero,



Hasta del mismo tabaco.  
No enbalde dice la china:  
Antuco, te están pitando;  
Ningun pueblero se acuerda,  
De las miserias del gaucho;  
Qué les importa que mueran  
Poco á poco tus ganados,  
Que no haya una gota de agua  
Ni un triste pasto en el campo;  
Que se mueran las ovejas  
Y que se entuman los guachos,  
Que de toda la tropilla  
Solo quede el ensillado,  
Y que tu misma chapona  
Y el poncho se esten raleando?  
Ellos tienen campos lindos  
Y de grasa los ganados:  
Hacen tropas cuando quieren  
Y andan de mucho chapeao,  
Mientras que tú, pobre Antuco,  
Usas estribos de palo,  
El calzoncillo de lienzo,  
De cuero crudo el recaó,  
Y el tirador sin un peso  
Para papel y tabaco.  
No te atengas á promesas,  
Antuco, busca conchavo,

Ni aunque sea de puestero  
En la estancia de un ricacho,  
Que ha de volver muchas veces  
La cosecha de zapallos,  
Antes de que las *garuas*  
Hagan reventar el pasto,  
Y si acaso reventase  
No ha de pasar de un puñao.  
Si ahora que hay elecciones,  
Vives con tanto trabajo,  
Andando los cajetillas  
A bola con los paisanos,  
Que será, mi viejo Antuco,  
Cuando llegue el otro año?  
Esto me dice la china.  
Aparcero, á cada paso,  
Y como hay Dios que me tiene  
Todito apesadumbrao.  
De qué madera, aparcero  
Son ahora los ricachos,  
Que solo á puros *sotretas*  
Se acuerdan de darles grano?  
De ande saben lo que tiene  
El gaucho Antuco guardao?  
El no habla á lo pueblerero,  
Porque siempre fué callao,  
Ni canta flor cuando juega

Antes de haber orejeao,  
Pero debajo del poncho  
Tiene, aparcerero, un rosario,  
Que todavia no vido  
Como es de lindo y de largo.  
Búsquele no mas la guelta,  
Haga zonceras à un lao  
Y verá si encuentra lonja  
Para hacer dos ó tres lazos.  
Aquí me ha dado la china  
Un pisoton en el callo;  
Diciéndome: “no seas bruto,  
No te desensilles tanto,  
Que te han de agarrar del pico  
Y te han de dejar mirando.”  
Pongo, pues, fin á esta carta,  
Aparcero, hasta el verano,  
Que en estas mis nas taperas  
Me encontrará yerbateando.  
Al patron del “Araucania”  
Silo vé dele un abrazo,  
Y digale que en el mundo  
Suele haber de vez en cuando  
*Libros de letra menuda!*  
*Aunque parezcan en blanco.*  
Así dió fin á su carta  
El gaucho Antuco, firmando

## La tendera

---

El año 1858, la calle de comercio al por menor donde mas rápidamente se hacia fortuna en Buenos Aires, era la calle de Buen Orden.

Las platerias, lomillerias y *tiendas de gaucho*, como entonces se llamaban las casas dedicadas à la venta de ropas para la gente de campo, prosperaban.

La viuda Petra estaba establecida con una tienda en la calle de Buen Orden, en la fecha à que nos referimos.

Era una mujer de unos treinta años, gruesa, bien parecida y de pasiones fuertes.

Su marido la dejó rica y sin hijos, y ella seguia dedicada à la compra-venta de mercaderias con tanto acierto y suerte como en vida de su esposo.

Ayudábanle en sus tareas un jóven dependiente y un muchacho.

—Manuel, haz traer yerba de la buena; hoy deben venir los troperos.

—Ya mandé, señora, contestó el dependiente.

—¿Es de la buena?

—De la mejor.

Dios quiera, señora, que tanto agasajo no le traiga

funestos resultados, dijo el dependiente, despues de un breve silencio.

—Siempre estás tu con agüerías. Si no fuese por la manera de tratar á los troperos, no venderíamos veinte y treinta mil pesos, en un solo dia, todos los meses.

—De poco sirven esas ventajas, si algun dia sucede algo.

—Que va á suceder, hombre; no seas zopenco. Parece que te hace cosquillas ganar dinero, pues ya sabes que además de tu sueldo, te asigné el cinco por ciento de las utilidades.

—Mas quisiera no ganar un peso y estar tranquilo.

—¿Pero de qué te asustas? ¿No te da vergüenza tener miedo á los 23 años?

—Yo no tengo miedo por mí; es por Vd.

—¿Y en qué te fundas?

—El gauchito Pedro le ha de dar disgustos, señora.

—¡Ahora sí! ¿A que te se antoja celar á tu patrona?

—Creo que debo cuidar de sus intereses y desearle bienestar. Esto no es tener celos.

—Vamos á cuentas. ¿Cuáles son tus temores? ¿En qué los fundas?

—Le dá Vd. tanta confianza á Pedro, que ya no hay nada reservado para él en esta casa. Sus compañeros se rien maliciosamente, y el gauchito usa cada vez mas altanería.

La última vez que estuvo, mandó al muchacho á la

confitería, y porque no quiso ir sin mi permiso, le dió un rebencazo.

El muchacho no es sirviente; el día que esto vuelva á suceder, le voy á enseñar á rebenquear hijos ajenos.

—¡Valiente simpleza! ¿Y por eso estás tan cuidadoso?

—Estoy inquieto, porque cualquier día, con la confianza que Vd le da, manda al muchacho á un lado, tal vez le pida á Vd. que me mande á mí á otro, y sepa Dios lo que sucederá, mientras queda sola en medio de ocho gauchos desalmados.

—A tí nadie tiene que mandarte sino yo, y no te mandaré á ninguna parte; pero si tal sucediese, ni Pedro es capaz de cometer una felonía, ni yo mujer que se pueda intimidar tan fácilmente.

—¿Y qué hará Vd. si al quedar sola, Pedro le tapa la boca con un poncho, y los otros cierran la puerta?

—¡Pero qué muchacho visionario!

—Está bien, me callo; pero no se olvide de lo que le dije hoy.

—¡Majadero! Manda calentar el agua para el mate y que ponga el muchacho unos cuantas sillas afuera del mostrador, que ahora no mas viene Pedro con los tropeiros.

Manuel fué á su cuarto, se puso dos pistolas en el bolsillo y un puñal en la cintura, de modo que no se viera.

Mandó al muchacho calentar el agua y colocar las si-

las en el paraje indicado, y en seguida tomó el plumero para sacudir los géneros.

La viuda se fué al interior de la casa á ocuparse mas del adorno de su persona que de otra cosa, y volvió á la tienda en seguida.

Manuel la miró disimuladamente, y sonriendo con amargura, dijo entre dientes:

—Hoy se acaba todo.

En ese momento detuvieron los gauchos sus caballos en la puerta de la tienda.

Desmontaron, manearon sus fletes y atándoles las riendas en la cabezada del recado, entraron á la tienda haciendo sonar en el piso las rodajas de las enormes espuelas de plata.

— Dios la ayude, patroncita. ¿Cómo le va?

—Muy bien. Y á ustedes ¿cómo les fué de viaje?

—Lindamente no mas, y con ganas de verla.

—Siéntense.

Pedro era un gaucho jóven, rubio, de pelo largo y barba poblada.

Rodeaba su cintura un ancho tirador bordado con dos hileras de monedas alrededor, y cuatro onzas de oro de botones.

El cabo del rebenque era de plata con virolas de oro

Atravesado en el tirador traia un facon con cabo y vaina de plata.

El caballo que montaba se distinguia entre'loe demás

por el apero, pues no solo los estribos, cabezadas del recado, las del freno y las riendas eran de plata, sino que hasta la carona tenia un filete del mismo metal.

Pedro era un gaucho lindo y paquete.

Usaba camiseta y chiripá, y el ancho calzoncillo cribado, caía sobre unas botas de potro, finas y suaves como guantes.

Empezó el mate y la compra simultáneamente, atendiendo Manuel á todos, y la viuda á Pedro.

Manuel no los perdía de vista. Ese día se multiplicaba.

Las compras de Pedro se trataban en voz muy baja, y los ojos de la viuda parecían mas brillantes que de costumbre.

Manuel lo veía todo.

Los gauchos empezaron á pagar sus compras.

Pedro dio un papel de cinco mil pesos á la viuda. Manuel vio á esta abrir el cajón del mostrador, y en vez de cobrar el gasto, le vió sacar el mismo papel agregado á otro del mismo valor, doblar los dos juntos, y dirigiéndose á Pedro, decirle:

—Cuatro mil ochocientos de gasto y doscientos que le doy, son los cinco mil que Vd. me dió. No es eso?

—Eso es, patrona, dijo Pedro poniendo el dinero sin contar en el tirador.

No podría mandarme traer unos veinte pesos de alcaufor?

--Sí, que vaya el muchacho.



El chiquilin tomó los veinte pesos y salió.

—Patrona; tiene cuadros de santos?

—No tengo, Pedro; pero puedo mandarlos traer de casa de un amigo.

—Si me hiciera la gracia.

—En cuanto vuelva el muchacho, irá á buscarlos.

—Es que venimos medio apurados. ¿No podría dir este mozo en una disparada?

La viuda miró á Manuel y dijo:

—Si. ¿Quiere ir Manuel á lo de Fusoni?

—Nó, señora, dijo secamente el jóven.

—Vaya que habia sido mulita su peon, dijo Pedro. Si yo fnese su patron, no me habia de responder así.

—No he de tener patrones como Vd., y si los tuviera, me habian de entender.

—Patroncita, ¿quiere que yo lo mande?

La viuda calló.

—Vaya, amigazo; traigame los cuadros y vuelva pronto, dijo Pedro acercándose al lado del mostrador ocupado por Manuel, con la *sotera* del rebenque envuelta en la mano derecha, la mirada iracunda y los labios sonriendo.

Manuel se retiró un poco del mostrador, metió las manos en los bolsillos del pantalon, y clavó su mirada sombría en los ojos de Pedro.

—Vaya, pues, amigo; muévase, y no me mire tan fiero, antes que salte el mostrador y lo deje *coceando el suelo*.

—Le pago la convidada, si salta el mostrador.

—¡Hijo e su madre! dijo Pedro afirmando las manos en el mostrador para saltar.

Manuel le pegó tan feroz botetada, que Pedro cayó al lado de afuera del mostrador.

La viuda se dirigió á Manuel para apaciguarlo; pero Pedro se habia levantado rugiendo como un leon, y sacando el facon, dió un salto y cayó de pié al lado de adentro del mostrador.

Manuel descargó una pistola sobre el pecho del gaucho, que cayó apoyando la espalda en el mostrador y soltando el facon.

Los otros gauchos desnudaron sus facones.

Manuel hizo fuego y derribó á otro, sacando en seguida su puñal con fiero ademan y diciendo:

—A ver; salten, gauchos melenudos. ¿Qué se han creido?

Los gauchos no se atrevieron á atacar. No estaban en sus pagos.

La viuda habia huido despavorida hácia la puerta.

Los tenderos vecinos se agolparon en la tienda, y al ver tantos gauchos de facon en mano y dos muertos, creyeron que se trataba de un robo y se disponian á defender á su vecina, cuando se presentó el comisario.

Llevaron los dos muertos en dos camillas, y los gauchos, la viuda y los dependientes fueron aprehendidos.

La casa de comercio se cerró y custodió hasta que la viuda fué puesta en libertad.

A los seis años de esta escena, el preso recuperó su libertad, y la viuda lo hizo su esposo; pero no quiso ser mas tendera.

Hoy viven en la calle de Tacuarí, de la renta que les dan sus casas.



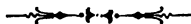
## Carta de Ramiro

Cuántas veces con la lonja  
Ante la triste mirada,  
El cuchillo en una mano  
Y en otra mano la chaira,  
Me quedé pensando, Emilia,  
Sin saber lo que pensaba.  
Y despues, cual si dé un sueño  
Reciente me despertara,  
Clavé la chaira en la quincha,  
Volví el cuchillo á la vaina  
Y haciendo rollo la lonja,  
Me senté y puse la cara  
Entre las manos, pensando  
En la suerte de mañana.  
Cuando piensa el gaucho, Emilia,  
Lo hace con toda el alma,  
Asi que sufre mas pena  
Si se le tuerce la armada.  
Aunque sé que no me quieres,  
Cabresteo á la esperanza,  
Que á fuerza de dar galopes  
El mejor flete se cansa;

Y yo cansaré corriendo,  
Sus resistencias ¡ingrata!  
Tal vez á mi dura suerte  
Al ñudo le dé mordaza,  
Porque el paisano pue es pobre  
No pasa de la ramada;  
Pero mi cariño, Emilia,  
Es mayor que la campaña.  
Como fortuna, no tengo  
Mas que un rancho y *cuatro vacas*,  
Y una corta mediania  
Que bombeo á la distancia,  
Para ofrecerte mas bienes,  
Ya que mi amor no te basta.  
Yo campeo la fortuna  
A ver si puedo ordeñarla,  
Pero es mañera y esconde  
Toda la leche la vaca,  
Aunque le apoye el ternero  
La teta de la esperanza.  
Cuando entro á pensar en esto  
Emilia, aflojo las tabas  
Y me le pego al tordillo,  
Con la cabeza agachada,  
Buscando alivio a mis males  
En las lomas solitarias;  
Sin recordar que en mi rancho

Tampoco me escucha un alma.  
Hasta el tordillo parece  
Que mi pena adivinara,  
Pues en vez de ir escarceando  
Pega al pasto la barbada,  
Sin dar vuelta á la coscoja  
Que une las copas de plata,  
Y ni siquiera relincha  
A: ver cerca la manada.  
Los teruteros que dejan  
A mi paso la nidada,  
Ni siquiera dan un grito;  
Se esconden tras de una mata.  
No hay pájaros en los sauces  
Ni totora en las cañadas,  
Ni entre cardales arrullan  
Las inocentes torcazas.  
Todo es triste como el gaucho,  
Que al tranco, en silencio pasa,  
Sin haberse dado cuenta  
De los pagos en que anda.  
Ah! si me vieras, Emilia,  
Me dirias, sí, de lástima.  
Si supiera que muriendo  
Tus rigores dominaba  
En el corazon me hundiera  
Hasta la ese mi daga;

Pero no habiendo quien *coma*,  
Es al boton la *carneada*.  
Deme el consuelo á lo menos  
De dejarme escribir cartas.  
Aunque tú no me contestes  
Ni me mandes decir nada,  
Y si me ves en la hierra;  
No me pongas mala cara,  
Que del labio de Ramiro  
No saldrá ni una palabra.  
Mi vida será el silencio  
Y mi muerte una payada;  
No te enojés con Ramiro,  
*Porque al sol escribe cartas.*



## Emilia á Ramiro

---

Ayer recibí su carta  
La que voy á contestar.  
¿ *De ande* sacó D. Ramiro,  
De que yo lo quiero mal,  
Que tan *fiero* se lamenta  
De mi mola voluntad?  
Me dijo que me queria  
Y le dije: ¡*pande vá!*  
No me gustan los terneros  
Que no se dejan manear.  
Esto le dije riendo,  
No es cosa pa desconfiar,  
Que al fin la oveja entre perros  
Siempre debe de *arisquear*.  
Yo comprendo D. Ramiro  
*De ande* viene y *pande vá*  
Y puede ser que algun dia  
Nos lleguemos á *topar*,  
Que tambien la suerte es mansa,  
Sabiéndola pastorear.  
Cuando me cantó aquel triste



Pensé que era por gracear,  
Y dejé *dir* el *guascaso*  
Sin siquiera *mospuear*,  
Que *sotera* en cuerpo ajeno  
Nunca me hizo *lomear*;  
Pero al decirme sus penas  
Y ver que me habla formal,  
No le he de *echar la perrada*  
Cuando venga á *matear*,  
Que á caballo regalado  
Nadie mezquina un *bozal*.  
No se ría de la letra,  
Que no soy de la ciudad;  
Y las manos pue cocinan,  
Que laban y hacen el pan,  
Ordeñan todos los días,  
Cosen y van á lavar,  
Con la pluma están atadas  
Como al palenque el bagua!,  
Afirmándose en la argolla  
Del lazo de *potrear*.  
No me escriba: vea á tata  
Y despues de él conversar,  
De su suerte y de la mia  
El tiempo decidirá.  
No se crea que por eso,  
Me voy á dejar *bolear*;

Esto es hablar al *cohete*  
Sin saber lo que vendrá,  
Mientras no *parta mas fuerte*  
Y diga:—¡Vámonos ya!  
Y le bajen la *bandera*  
Los jueces de *soltar*.  
Entre tanto, D. Ramiro,  
Deje de desconfiar,  
Que el *guacho* que ha de ser de uno  
Se viene solo al corral.  
Es cuanto le puede Emilia  
Por ahora contestar.



## Zapatero á tus zapatos

---

Todavía lo recuerdo; era un jóven rubio, natural de los márgenes del Garona; y á quien su padre destinaba para maestro de escuela.

Un dia hablaban los dos haciendo proyectos para el porvenir, cuando al jóven se le ocurrió que el gobierno reclama un contingente de sangre todos los años á las poblaciones francesas.

Tienes razon, contestó tristemente el viejo, y no cuento con recursos suficientes para pagar al que te ha de sustituir.

Será necesario que yo te aleje de mi lado para salvarte; irás á la Caledonia.

—Es una posesion francesa, dijo el jóven.

—Cierto, no lo recordaba, veré á un amigo, consignatario de frutos de la América del Sud, que tiene buenas relaciones en aquellos paises, y le pediré cartas de recomendacion; y en el acto de obtenerlas, te irás. Tal vez te sonria la fortuna y puedas despues volver á mi lado, pagando el servicio militar que estás odligado á prestar á tu pais.

Las cartas se octuvieron, y entre ellas una para un

ganaderista que mandaba los productos de su establecimiento directamente à Burdeos.

Al llegar Ovidio, que así se llamaba el jóven, tanto por conocer la campaña, como por su afición à los trabajos rudos, prefirió ir à entregar la carta al estanciero, antes de quedarse en la ciudad.

Le gustó la vida pastoril y los usos criollos, y à los quince dias se sabia poner el chiripá, y rogaba al dueño de la casa, le permitiese ensayarse para domar potros, acompañado de un hijo del estanciero, que apenas contaba catorce años; pero escesivamente travieso y dispuesto à reirse de la ignorancia ajena.

Concedido el permiso, se encaminaron al corral, y en una manada de *mansas*, como se dice en la campaña, eligieron un potrillo de año y medio.

—Toma, Ovidio; ahí tienes el lazo; haz la armada grande, tómala à media vara de la argolla, *revolea*, y cuando yo haga dar vuelta al potrillo para el lado izquierdo, le arrojas el lazo à las orejas, tiras con fuerza, para que no se corra la armada y lo enlaces de media espalda.

—Ya sé, decía Ovidio.

El lazo partió, y dió en el objeto deseado; pero Ovidio no cerró la armada à tiempo y el potrillo quedó enlazado de los hijares.

El jóven le pegó un *ponchazo*, y lo hizo atropellar la puerta del corral, mientras le gritaba à Ovidio.

—No aflojes.

¡Ah! maturrango, le volvió á decir, sin poder contener la risa, la suerte es que ya el animal soltó el lazo por el anca.

Ovidio salió de entre un cerco de tuas, donde lo había arrojado el potrillo de un tiron.

—Voy á enlazar otro, exclamó muy risueño, con la decision y el valor de los diez ocho años; de todos modos, domaré uno.

—Te vá á lastimar.

—No; yo sé andar á caballo.

—Bueno deja que yo te lo enlace.

El muchacho enlazó, y cuando el animal levantó las manos para *corcobear*, le dió un tiron y le hizo medir el suelo con el lomo, mientras con la agilidad y maestria del gaucho, lo maneaba.

Cuando el potrillo se levantó ya estaba sujeto para que Ovidio lo montase en pelo.

—*¡Arriba lirio!* le gritó, y el jinete sin hacerse repetir la invitacion, se sentó sobre el animal.

—¿Lo suelto?

—Sí.

El potrillo dió un resoplido y se quedó quieto, temblando y mirando hácia la puerta del corral.

—Cierra las piernas y dale un rebencazo, volvió á decir el jovencito.

Ovidio así lo hizo.

Al sentir el animal aquellas caricias, del primer salto

salió del corral, haciendo pasar el ginete sobre el pescuezo. Al segundo bote, Ovidio cayó como un fardo de lana, sobre un lecho de cardos secos.

—Vuélvelo á encerrar; me halló descuidado; esta vez no me arrojará del lomo, dijo levantándose.

—No; por hoy basta, repetía el niño riendo á mas no poder.

Vamos al campo á buscar miel.

—¿Donde la hay?

—En aquel sauce hay un comoatí.

—¿Que es eso?

—Una bola donde las abejas trabajan y depositan la miel.

—Vamos entonces.

—Tienes que subir al arbol y arrancar el comoati.

—Si; yo se subir; en mi tierra subia á los arboles con facilidad.

—Llegaron, y Ovidio subió. En cuanto puso la mano en el comoati, tuvo que tirarse al suelo, tal fué la cantidad de agujijones que sintió en la cabeza, el cuello y la cara.

Su compañero se revolcaba de risa, sobre la yerba, al ver huir y darse manotones en la cara á su amigo.

—¡Ovidio tirate al agua! le gritó por fin.

El jóven por propia inspiracion ya lo habia hecho.

Cuando salió, estaba desfigurado por la hinchazon.

Recien entonces el jovencito se sintió herido de compa-

sion y de susto por las reprensiones que lo esperaban en su casa.

Al ver el estanciero el estado de su huesped, y despues de aplicar á su hijo un respectable correctivo exclamó:

-- Amigo Ovidio; el *monte no sirve para las ovejas.*

Váyas á la capital; lo recomendaré y tendrá trabajo seguro.

Ovidio acepto; hoy es uno de nuestros mas acaudalados comerciantes.



## Entrada y salida

---

Despues de chupar un verde  
Prosear y pegar un tajo  
A un asado de carnero  
Como una onza dorado,  
Salieron el gaucho Antuco  
Y su aparcero, rumbiando  
Hacia la casa, uná noche,  
Del propietario del campo.

---

—No se amaqué asi, aparcero,  
Dijo á Antuco el otro gaucho,  
Mire que esta el pueblerio  
En la casa apeñuzcado,  
Y no dan una bichada  
Sin reparar á los ganchos.  
Endurecio el cuerpo el hombre,  
Se puso el sombrero á un lado  
Y haciendose el muy pulido  
Soltó tres é cuatro *ajos*.  
—No vuelte asi la jareta,  
Recoja el rollo, paisano,



No se le haga que es lo mesmo  
Andar aqui que en el campo.

—Güeno, dispense. No juro  
Ni aunque esté siempre callao  
Hijuna... gran... pa la puerta...  
Ya ve que me estoy *limando*.

—Limando! y abre la boca  
Y ahí no mas suelta un gargajo!

- Ahora verá, no se aflija;  
Ya me estoy *arrocinando*

—Cállese la boca, Antuco

—Güeno, aparcerero, me callo.

—Aqui le presento un hombre  
Que es de su patron hermano.

—La que le tiró las patas,  
Esclamó, y le dió un abrazo,  
Mientras le tiró del poncho,  
Aturdido el otro gaucho.

—Dispense, no se me enoje,  
Repuso Antuco en el acto  
Arrepentido del *terno*,  
Y mirando á todos lados.

— Antuco, deje aqui el poncho  
Y el sombrero acomodao.

—Pa su mas...querida prenda!  
Y si lo pierdo, paisano?

—Póngalo en esta alacena

Número cuarenta y cuatro.

Pasaron à un patio luego

Un poco angosto y muy largo,

Con las tranqueras de vidrio

Para embretar el ganac.

Empujaron una puerta

Y dentraron en un cuarto,

Cuando al topar con un cura,

Antuco dijo: ¡Cruz diablo!

De ande ha salido esta nube?

—No se me santigüe, hermano

Que auuque me ve con sotana

A veces me la rremango.

—¡Ahijuna! el cura ladino!

—No sea bárbaro, canastos,

Le decía el compañero

En el oido, muy bajo.

Y Antuco se dió en la boca

Un cachete tamañazo,

Esclamando: Una gran flauta

Que soy *sancacho*, paisano.

—Vaya, salude al patron

—Diga, aparcero, ¿y me cuadro?

—Sin cuadrársele y sin nada,

Déle á lo fino la mano,

Y no le suelte una de esas

Que se le andan escapando.

Detúvose el gaucho tieso;

En la puerta, como un palo,

Mientras el patron reia

Viéndolo de arriba abajo,

Sin tirador, sin cuchillo,

Sin chiripá, y asustado.

—Cómo le vá amigo Antuco?

—Ahi vamos, patron, ahi vamos,

Como la mona... la pucha...

Al soltar este entripado,

Se dió vuelta muy de prisa

A mirar el otro gaucho,

Como diciendo: Ahi va una!

Ya se me escapó. Disparo?

Pero andaba el aparcerero

Con tuitos enrrabao

Este agarro y este suelto

Dando á la taba sin asco

Chacoteando con doctores,

Generales y escribanos.

La suerte que llegó un viejo

Como una bocha pelao,

Y se llevó por delante

Al patron hácia otro cuarto.

Recien Antuco se vido.

Medio ibre del sustazo.

Sacaron otras tranqueras  
 Y entonces vide otros cuartos,  
 Una mesa con botellas,  
 Una ólla chica, con caldo,  
 Donde todos la cuchara  
 Iban metiendo y sacando,  
 Como en fuente de cuajada,  
 Que se reparte entre hermancs.  
 —Velay un trago, le dijo  
 Al viejo Antuco el paisano,  
 Y zambulló la cuchara,  
 La sacó y echó en un jarro  
 Una bebida *cebruna*  
 Con unas hojas boyando.  
 —No tomo de eso, aparcero.  
 —Tome no mas, que nos vamos.  
 —Tómelo Vd., si le gusta,  
 Lo que es yo no me le ágacho;  
 Capaz de estar escupiendo,  
 Si tomo como un guanaco.  
 —Tome entonces otra cosa.  
 —Tomaré caña, si es caso.  
 — Pues fájele á esa botella,  
 Que ahorita no mas rumbiamos.  
 Atropelló la limeta,  
 Redamó caña en un vaso,  
 Tomó un buche, y del bolsillo

Pelando Antuco su naco,  
Picó y armó para dirse  
Satisfecho, su cigarro,  
Y siguiendo à su aparcero  
Salió à la calle pitando.



## La venganza

---

Fué un ejemplo de moderacion, trabajo y virtudes, D. Pepe el chacarero, que se estableció en San Isidro en tiempos del P. Magesté.

Su mujer murió al dar á luz el primer hijo.

D. Pepe, firme y honrado, consiguió reunir algun dinero, que colocó en manos de un hombre de bien.

Su hijo fué bantizado por sus vecinos con el sobre nombre de Peporro. Creció al lado de su padre; entregado al trabajo y sin mas instruccion que la dada por el viejo, despues de las faenas diarias, ó en los dias de lluvia que no se podia trabajar fuera de la casa.

Peporro leia à *tropezones* y escribia como haciendo marcas, pero al fin leia y escribia.

Éra un muchacho trabajador, y solo tenia la preocupacion de adquirir fortuna para satisfacer dos deseos: comer bien y vestirse elegantemente.

Cuando veia algun individuo vestido de levita y con sombrero alto, se quedaba embobado mirándolo y pensando lo bien que le sentaria á éi un traje de aquella hechura.

Peporro era muy alto; alcanzaba una talla de mas de

dos metros, y el sobrenombre que llevaba provenía de su cara redonda y mofletuda, su nariz gruesa, labios abultados, ojos redondos y pequeños, con dos moles de carne por párpados. Tenía una fuerza prodigiosa.

D. Pepe se complacía en ver la facilidad con que Peporro se ponía un ternero debajo del brazo, como quien lleva un gato, y sujetaba un toro de las astas, mientras su padre le ponía el yugo.

—Muchacho el día que no tengamos bueyes, creo que vas à poder arar la chacra à pulso.

Lo que toca, fuerza, no me falta; así nos diera suerte Dios.

—No vá tan mal, Peporro; no vá tan mal; cuando yo cierre los ojos, no te has de quedar pidiendo limosna.

—¡Oh! no hable de eso, mi padre; mientras viva nada me hace falta; si Vd. muriera todo me faltaría.

—De todos modos, hay que morir.

—Bueno, bueno.

—Dime, ¿que harás tu solo en el mundo? ¿Seguirá trabajando en la chacra?

—Nó, señor; no me acostumbraría à estar solo,

—¿Y qué harías?

—Me conchavaría.

—Y la chacra.

—La arrendaba.

—Para mí, lo mejor era que te casases y trabajases como ahora.

—¡Casarme!

Tambien yo me casé, y estaria muy contento si hubiera vivido tu madre.

Un hombre solo en el mundo es un desterrado.

—No hablemos de esas cosas, padre.

—¿No te agradan las mujeres?

—Las mujeres no hacen caso de los labradores.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo sé como lo sé.

—Bueno, dímelo.

—El mes pasado encontré en la cañada á Remigia y le dije que me gustaba.

—¿Y qué te contestó.

—Que no ataba perros.

—De bruta te dijo eso.

—Nó, señor; como me vé mal vestido . . .

—Otros andan peor; tienes buen chiripa de merino, chaleco y saco de paño negro fino, sombrero de castor, pañuelo de seda, y botas granaderas. No me parece que andes tan mal.

—A ella le gustan los paquetes de leva; y no es ella sola; todas las del pago son lo mismo.

—Hombre si te animas á vestirme de levita, no tengas cuidado; yo tengo con que comprarte hasta sombrero alto, pero esas paqueterias, son buenas para los de la ciudad.

—Algún dia he de tener un traje á mi gusto.



—Ya puedes tenerlo si quieres. Te vas á Buenos Aires, y al mismo tiempo que compras el traje, ves la ciudad que todavia no la viste.

—Nó señor; dejese de eso.

—Si quieres, puedes hacerlo; somos solos, y tengo algunos pesos, que son para tí.

—Nó señor; cuando lo haga será con mi plata.

Al poco tiempo de esta conversacion, murió don Pepe. Habia tomado sus disposiciones, respecto al porvenir de su hijo.

Peporro se halló con un capital en efectivo mayor que pudiera esperar.

Algun tiempo despues, se fué á la casa del padre de Remigia, y le dijo que estaba aburrido de veras solo y que desearia casarse con su hija.

—Hombre, por mí esta arreglado; habla con ella y si dice que sí, todo está hecho.

Peporro habló con Remigia, y esta se negó diciéndole:

—Me pienso casar con un paqueton de la ciudad; ya estoy aburrída de chacareros pobres; quiero andar entre seda y charol.

—Nos iremos á la ciudad; yo no pienso trabajar mas

—Peporro, tú siempre serás lo que eres; yo quiero otra cosa mejor; no te resientas. Mi padre esta por vender todas las chaeras y nos vamos á vivir á Buenos Aires.

Peporro se retiró sin insistir; pero resuelto á tomar venganza del desaire.

Apenas Remigia se trasladó á Buenos Aires con su padre, Peporro hizo lo mismo, tomando habitacion en una fonda cercana á la casa que ocupó el padre de Remigia.

Un mes empleó en aprender el nombre de las calles principales, y cuando lo supo, empezó á meditar su venganza.

Veia entrar varios jóvenes á casa de Remigia y pensó eclípsarlos en lujo, el dia que él á su vez fuese de visita.

Al efecto, se fué á la casa de Burgos, y empezó á ver en la vidriera lo que le agradaba.

Lo primero que lo cautivó, fué un sombrero alto, muy brillante y con una escarapela punzó en la parte superior de la copa.

Despues medias de seda de todos colores y camisetas de punto.

Salió de allí y se fué á una zapateria.

—Aver botas de charol para mí, dijo.

El zapatero sacó de los estantes cuantas botas tenia; pero no le gustaban á Peporro.

—Pueden hacérsele para mañana.

—¿Tiene charol de colores?

—Nó, señor; pero hay taflete de todos colores.

—A ver.

— Apui lo tiene Vd.

--Bueno; tome la medida y me hace unas botas de este tafílete colorado, el pié y la caña de este mas celeste.

El zapatero iba á decirle que era una barbaridad; pero la cara del marchante, no era como para usar mucha franqueza; á si que tomó la medida y dijo en seguida:

--Cuestan cuatrocientos pesos moneda corriente, señor.

—Cobrese Vd.

—¿A dónde las mando?

—A la fonda del Papagayo.

—Muy bien; mañana á medio dia las tiene Vd. en su casa.

El zapatero se quedó pensando si seria loco el parroquiano.

Peporro fué a una sastreria y encargó un traje negro forrado de seda amarilla.

—Señor, ¿todo el traje debe llevar ese forro.

—Todo.

—¿Los pantalones tambien?

—Tambien desde la cintura hasta el dobladillo.

—El sastre cobró y tomó las señas del nuevo y rubioso parroquiano, para remitirle el traje.

Peporro fué en seguida á casa de Burgos y allí compró cuanto habia visto ya, y algunos anillos de oro, reloj, botones, baston etc.

Cuando todo estuvo en su casa, hizo traer un coche, se

metió en él y se dirigió á casa de Remigio pensando  
— Veremos lo que dice ahora .

La sala estaba llena de visitas cuando entró Peporro Verlo y resonar una carcajada general, todo fué uno.

La bocamanga de la levita, la llevaba doblada para lucir el forro de seda amarilla, y lo mismo el pantalon, para dejar ver el forro y á la vez la caña celeste de las botas.

El sombrero era uno de esos sombreros charolados de cochero. Llevaba dos anillos en cada dedo; una corbata celeste, y sobre la camisa blanca una camiseta de punto morada.

La rechifla fué tal, que Peporro volvió á salir de la casa aturdido.

Cuando entró á la fonda, todos los pensionistas se agolparon á la puerta, para verlo entrar y reirse á mas no poder.

—Qué gente tan bruta, exclamó volviendo á su cuarto. Se miró al espejo y se halló muy elegante.

Mas tarde salió á pasear á la calle, y cual seria su asombro al verse seguir por infinidad de muchachos que lo silbaban, y luego ser conducido á la policia por dos vigilantes, que lo trataban como á un loco.

Peporro se enfureció y empezó á derribar vigilantes á golpes, como un leñador arbustos.

El número de vigilantes se redobló, y el Goliat fué á dar al manicomio, sin que le valieran sus terribles puños

## La tropilla de la viuda

Anastasio era un criollo de once diez y seis años, con las apariencias de un hombre completo.

Tenia barba poblada. No había quien enriendara mejor un potro. Enlazaba á media rienda con todo lo largo del lazo; retobaba unas piedras como ninguno; tocaba la guitarra y cantaba de lo lindo, y para cuidar un parejero y echar suerte á la taba, era como *cuadro*.

Era huérfano y pobre; esas eran sus *faltas*, como él decía.

Estaba un día probándose unas botes, en la pulpería, cuando á eso de las ocho de la noche, hora en que ya se disponía á volver á la estancia en que estaba de peon, llegó á la pulpería otro gaucha del pago, gran *truquiador* y *chupista*, según la voz del partido.

—¿Pande vá amiguito? le dijo apeándose el gaucha.

—Pa mi casa agena, D. Onofre.

—Vamos á matar el gusano, y nos vamos juntos.

—Gracias, yo no tomo nada.

—¡Qué no ha de tomar, amigo! A ver, pulpero, dos cañas con limonada, dijo Onofre golpeando sobre el mostrador con el rebenque.

Anastasio condescendió, y cuando concluyeron dijo.

— Güeno, don Onofre, si vamos á dir vamos.

— ¡Otra caña, pulpero!

— Pa mi no sirva; ya está la carreta muy cargada y se le vá á arder el eje.

— Eche no mas, pulpero; yo mando.

— Es de balde, don Onofre; no tomo mas.

— ¡Que no hade, guacho de porqueria! ¡Qué así no mas se desprecéa à un hombre!

— Por eso no me falte, don Onofre, que si soy guacho no soy de su majada.

— L3 haré la señal, pues amigo, y será de mi hacienda.

— Tengo la oreja muy dura, y se le vá á mellar el “mangurrengo”.

— Endurecé no mas, guacho entacao, verás como te pone la suerte.

— Mire, don Onofre que donde hay yeguas potros nacen.

— Amacáte no mas si te gustá, dijo el gaucho desenvainando el facón.

— Sosiéguese, don Onofre; que no vá á pitar del flojo, contestó Anastasio dando dos pasos atrás y sacando su cuchillo.

— Atropellá guacho, si te tenés fé, te voy á dejar pataleando.

— Si Vd. es pura boca; no rompe á naides, don Onofre.

El gaucho no esperó mas y acometió al jóven, con el

facon en la mano derecha y un poncho de vicuña envuelto en el brazo izquierdo.

Anastasio se echó el sombrero en la nuca, y tomando de sobre el caballo un cojinillo con la mano izquierda, recibió en él el primer tajo, con pié seguro y rostro sereno:

—Ya que lo está ahogando la vida, lo voy à despenar dijo Anastasio y se lanzó sobre su contrario.

El gaucho era diestro y Anastasio tambien.

El poncho y el cojinillo recibian frecuentes tajos y puñaladas, sin llegar à la carne de los combatientes.

La puerta de la pulperia se cerró, y el combate siguió à la claridad de la luna.

De repente Onofre empezó à retroceder y Anastasio à redoblar el ataque.

—¡Jesús me valga! me ha muerto, dijo Onofre cayendo.

Anastasio se inclinó sobre el cuerpo del gaucho con desconfianza.

Pero al verle brotar la sangre del pecho y los ojos abiertos y vidriosos, comprendió que estaba delante de un cadáver.

Miró en todas direcciones y no vió à nadie.

Escuchó; no se sentia ruido.

Desató el pañuelo de seda que llevaba al cuello, se secó el sudor de la frente, se acercó à su caballo, limpió el cuchillo en la crin, sujetó el cojinillo sobre los bastos con

el cinchon, montó à caballo y se alejó al *tranco*, dando vuelta la cara para ver si alguien lo veía.

Anastasio empezó à reflexionar en su situación.

Al día siguiente lo prenderían, y ¿quien podría interesarse por el gaucho pobre y huérfano? . . .

Era necesario huir.

El sonido de un cencerro interrumpió su meditación.

Detuvo el caballo y escuchó.

—Es la tropilla de la viuda. ¡La pucha que he troteao!

El delito engendra el delito, y Anastasio es un ejemplo, entre, los muchos que pasan desapercibidos.

Esa noche debía ir muy lejos de su pago, y el caballo que llevaba, no era bastante para hacer la larga cruzada que se proponía.

Se acercó à la tropilla y la arreó en dirección al rumbo que había elegido.

La madrina mientras iba en dirección al corral, iba bien; pero apenas Anastasio quería echarla campo afuera, la yegua salía retozando y los caballos, uno por un lado y otro por otro, hacían lo mismo, volviendo à juntarse en el pequeño radio en que estaban aquerenciados.

Llevarlos al corral para encerrarlos y acollararlos, era imposible, por que temía ser sentido en el acto.

Enlazar uno con el maneador no era bastante, por que con uno ensillado y otro de tiro, no podía hacer larga jornada.



Se acercó de nuevo á la tropilla, y á la claridad de la luna, vió que la yegua madrina tenia basteras blancas.

—Es caballa, se dijo. ¡Qué suerte!

Destrenzó el *maneador* que llevaba en el pescuezo de caballo, figurando pretal, y haciendo disimuladamente la armada, ató el extremo en la sidera de la cincha, pasó como si pasara de largo y le volcó la armada en el pescuezo á la madrina, la cual al sentir el maneador, levantó la cabeza y se quedó quieta.

Anastasio se bajó, y silbando de un modo particular, se fué acercando al animal.

Le corrió la armada cerca de las orejas, le puso medio bozal y tiró.

La yegua *cabresteó*.

La enfrenó y la ensilló, dejando su caballo maneado, y montó diciendo.

—Había de salir potra y bellaca.

La yegua salió al trote escarceando.

—Ahora, volvió á decir Anastasio, apeándose, ni con yerbas me agarran; y le sacó el cencerro á la yegua.

Desmaneo su caballo, volvió á montar, y echándose sobre el pescuezo de la yegua, empezó á trotar.

Anastasio hizo sonar el cencerro y vió que todos los caballos galoparon detrás de él, relinchando.

—Les gusta la campana, decia Anastasio, cuando distinguió un ginete y le oyó decir:

—¡Qué yegua loca! Mire como anda con los mancarrones de un lado al otro.

Anastasio se detuvo.

—¡Yegua! gritó el ginete, haciendo sonar un arriador y tratando de cruzarse delante de la madrina.

—Es el hijo mayor de la viuda, decia entre tanto Anastasio, que conoció al jóven por la voz.

—¡Yeguas! volvió à repetir el muchacho, acercándose con el arreador levantado, como para castigarla en la cabeza.

Anastasio le cerró piernas al animal é incorporándose y tocando apresuradamente el cencerro con una mano, se dirigió al jóven.

Este, que era un muchacho de unos trece años, al ver surgir del lomo de la yegua una figura inesperada y sintiendo el apresurado toque del cencerro se creyó ante alguna cosa sobrenatural, y dando un grito desconsolado, huyó á todo correr en direccion à los ranchos; se tiró del caballo al suelo y sin siquiera manearlo ni atarlo, empujó una puerta, entró y volvió á encerrar estrepitosamente.

—¡Máma! máma! decia.

—¿Qué querés, muchacho?

—Andan cosas del otro mundo con la tropilla.

—¡Oh! no seas zonzo. Tú si que eres cosa del otro mundo.

—De veras, mama. De sobre el lomo de la yegua se levantó una cosa alta como una cumbrera y tocaba una

campana grande como un mortero de pisar maiz, que se oía de una legua.

—El julepe que vos tenés muchacho ordinario no parece porteño.

—Máma, y si lo vi.

—¡Qué has de ver! ¿Pa qué fuiste? Andá nomas a dormir.

El muchacho se fué á su cama, pensando en lo que habia visto.

Al dia siguiente varias partidas de policia buscaban á un mismo tiempo la tropilla de la viuda y al jóven Anastasio.

Nadie supo mas de él desde entonces.



## Asi es el mundo

---

Por la muerte casi simultánea de sus dos progenitores, quedó Eduardo único dueño de una considerable fortuna.

Sin hermanos ni parientes, pues sus padres eran europeos, y ninguna persona de su familia habia venido á América, quiso tener un amigo que supliese la falta de los afectos del parentesco.

Liborio era un mozo de campo, que se habia criado en la estancia, y tenia casi la edad de Eduardo, era para él como un hermano.

—Liborio, le dijo un dia Eduardo. Voy á dejar encargado de los dos establecimientos á tu padre, y yo me voy á vivir á Buenos Aires. ¿Quieres venir á vivir conmigo?

—¿Y qué voy á dir á buscar, D. Eduardo?

—A estar conmigo; no tienes nada que hacer, sino pasear, comer y dormir.

—¡Jué pucha! ¡que vidorrea! ¿Es linda la ciudad?

—Linda y grande.

—¿Será grande como todo el potrero de las mansas?

—Mucho mas.

—¿Como toda la estancia chica?

—Por ahí anda.

—¿Habrá puras asoteas?

—De dos y tres altos.

—¿Todas?

—Casi todas.

—¡Pucha que habrá altillos!

—Alli hay de todo; verás que vida pasamos.

¿Pero, volveremos à la estancia despues?

—Si, vendremos á pasar unos dias aquí, de vez en cuando.

—Gueno vamos no mas. Haré encabar el facon, limpiaré el recaó, me pondré el chiripá dominguero y llevaré la tropilla de los oscuros.

—¿Para qué quíerse facon, recaó y tropilla?

—Ha de haber muchas pulperias, tuitas llenas de maievos, y el facon puede precisarse.

El recaó y la tropilla, pa dirnos y pasear despues *cola atada*, por aquellos pagos.

—Nada necesitas; nos vamos de la estancia en la volanta, nos metemos en el tren, y allá andaremos en coche.

—¡Aijuna! De puro coche corrido; note digo nadá, mi alma! Cada chiripá, de juro me dura un año.

—En cuanto lleguemos, echas el chiripá al fuego. Te

vestirás de pantalon, levita y sombrero alto como yo; tendrás un reloj y un baston.

—¡Ah criollo! ¡Quién me verá à mi de levita, varita y reloj! Ya se me hace agua la boca.

—¿Estás dispuesto?

—De juro. ¿Y si me atropellan los paisanos tomàndome por cajetilla?

—Alli no hay paisanos.

—¿Son gringos todos?

—Nó; quiero decir, no hay gauchos; toda es gente de ciudad.

—Puro pueblo, campaña nada.

— Ya verás como te vá á gustar.

—Se me hace que me voy á acarenciar ligero.

—Asi me parece.

—Como verlo, Don Eduardo.

—Pues mañana nos vamos.

—Y hay retraterias allà?

—A cada paso.

—Cuando me vista de paquete, le voy a mandar un retrato al viejo, á ver si me conoce.

Al dia siguiente, Liborio, que habia visto el ferrocarril, pero que no habia entrado á los coches, decia al sentarse en un sofá de 1<sup>o</sup> :

—La gran pucha! pingo bellaco, cuanto le asiente el caracu ahi no mas se agacha à corcovear.

—Es que el asiento es elástico,

—¿Sabe, Don Eduardo, que me estoy mareando?

—No es nada, dentro de media hora ya estás acostumbreado.

—El campo parece que se da güelta, y va juyendo pa tras.

¡Ah! flete, como relincha!

—Ese es un silvato que anuncia la llegada á una estacion.

Al oscurecer bajaban del tren, y se dirigian á un hotel.

Eduardo mandó llamar á un sastre, y entre tanto se sentaron á comer.

—¡Pucha que guisos lindos! Y este que trae la comida, tan paquete? parece un Juez de Paz.

—Esos son peones todos.

—¿Y aquella moza de pollera yaguané?

—Es la hija del patron.

—¡Ah! moza paqueta! y parece terneron; vea como lo mira. ¿Y aquellos flecos que lleva en la rabadilla?

—Son los adornos del vestido y el polizon.

—¿Asi habia sido el polizon?

—Asi mismo.

—Pero está trasquilada; ¡barbaridad!

—Ahora las mujeres se cortan el pelo; es moda.

—¡Sabe que no me agrada! Parecen carneros mochos.

Eduardo se rió, y concluyendo de comer se dirigió á su cuarto. El sastre lo esperaba.

—Maestro; tómeme la medida à este mozo, y mándeme dos trajes de los que se usen; uno negro y otro de color; una docena de camisas, otra de medias, otra de calzoncillos y dos de pañuelos de mano.

Poco despues estaba Liborio con los brazos y las piernas abiertas, dentro de su traje nuevo.

—Se me hace que estoy como estaqueao.

— Es por la primera vez. Ahora nos vamos à la peluqueria.

Salieron à la calle y entraron à una zapateria, donde se puso Liborio unos botines de charol. Salieron en direccion à la peluqueria.

Liborio parecia que se iba à caer.

Le estorbaban los brazos, el pescuezo. La cabeza se le iba para todos los lados, llevada por un sombrero alto.

—Las botas son paquetas; se puede ver la cara en ellas pero me hacen balar los terneros de lo lindo, decia Liborio entrando en la barberia.

Cuando le empezaron à poner la tohalla y el peinador dijo:

—¡Ochi! no embrome, amigazo, mire que no soy hembra.

—Es necesario para que no te llenes de pelo, dijo Eduardo.

—¿Me van à tusar.

—Esa melena no se usa, ni esa barba.



—Y que me conozcan los viejos dispues! ¡de ande Cristo te vide!

Cuando concluyó la operacion, Eduardo lo hizo mirarse en el espejo, con el sombrero puesto.

Liborio miró á todos lados, como bagual asustado; se desconocia.

Tomó el baston que le compró Eduardo, y se fueron á la calle de la Florida.

—Pero qué haber hembraje, don Eduardo!

—¿Te parecen bien?

—La que ma-meagrado hasta ahora, es aquella ñata de sombrero. ¡Qué encuentro y qué meneo! parece de sobre paso y muy de riendas. Mire como escarcea, va diciendo: ¿qué quiere mi amo?

—Vanos á seguirla de lejos; te la voy á presentar en su casa.

—Vd. conoce á toito el mundo!

—Si, ya sabes que he venido muchas veces á Buenos Aires.

No tardaron mucho en entrar detrás de la belleza horizontal, en la casa donde ella entró.

Liborio se quedo mudo de asombro.

Pero cuando llegó á querer huir, fué al empezar las presentaciones.

Le cercaban, le perseguían, como una perrada á un cuzco.

Liborio se sacó la levita y se la envolvió al brazo diciéndoles:

— *A mí no, porque á mí no*, y les daba con la levita en las manos.

Eduardo se revolcaba de risa.

De repente el criollo cambió de defensa y se abalanzó sobre el grupo como un perro entre una majada, y esta quiero y esta no quiero, fué sembrando la alfombra de mujeres.

Cuando salieron de la casa, despues de una larga jarana, Liborio parecia haber perdido la *manea*; como él decia, y amacándose, revoleando el baston y la galera en la nuca, seguia á Eduardo, diciendo los mayores desatinos.

¿Quién diria que ese Liborio, rico y hombre de buena sociedad hoy, es candidato para un Ministerio?

A si es el mundo!

FIN

# INDICE

---

	<u>Página</u>
<i>Introducción</i> . . . . .	I
Antuco . . . . .	4
A la gloria. . . . .	8
A la patroncita Delfina. . . . .	16
¿A mí? ¡maní! . . . . .	18
Carta. . . . .	26
El campo de las ánimas . . . . .	30
Carta. . . . .	35
Qué chacotas! . . . . .	40
El «Araucania» . . . . .	49
Simon Mataco. . . . .	60
El remojo . . . . .	66
Que sean felices . . . . .	72
Carta. . . . .	79
No se conoce . . . . .	84
Carta. . . . .	91
La fuga. . . . .	95
La trilla. . . . .	102
Carta de Antuco . . . . .	108
La tendera . . . . .	112
Carta de Ramiro. . . . .	120
Emilia á Ramiro. . . . .	124
Zapatero á tus zapatos. . . . .	127
Entrada y salida . . . . .	132
La venganza . . . . .	138
La tropilla de la viuda. . . . .	145
Así es el mundo. . . . .	152

---

•

